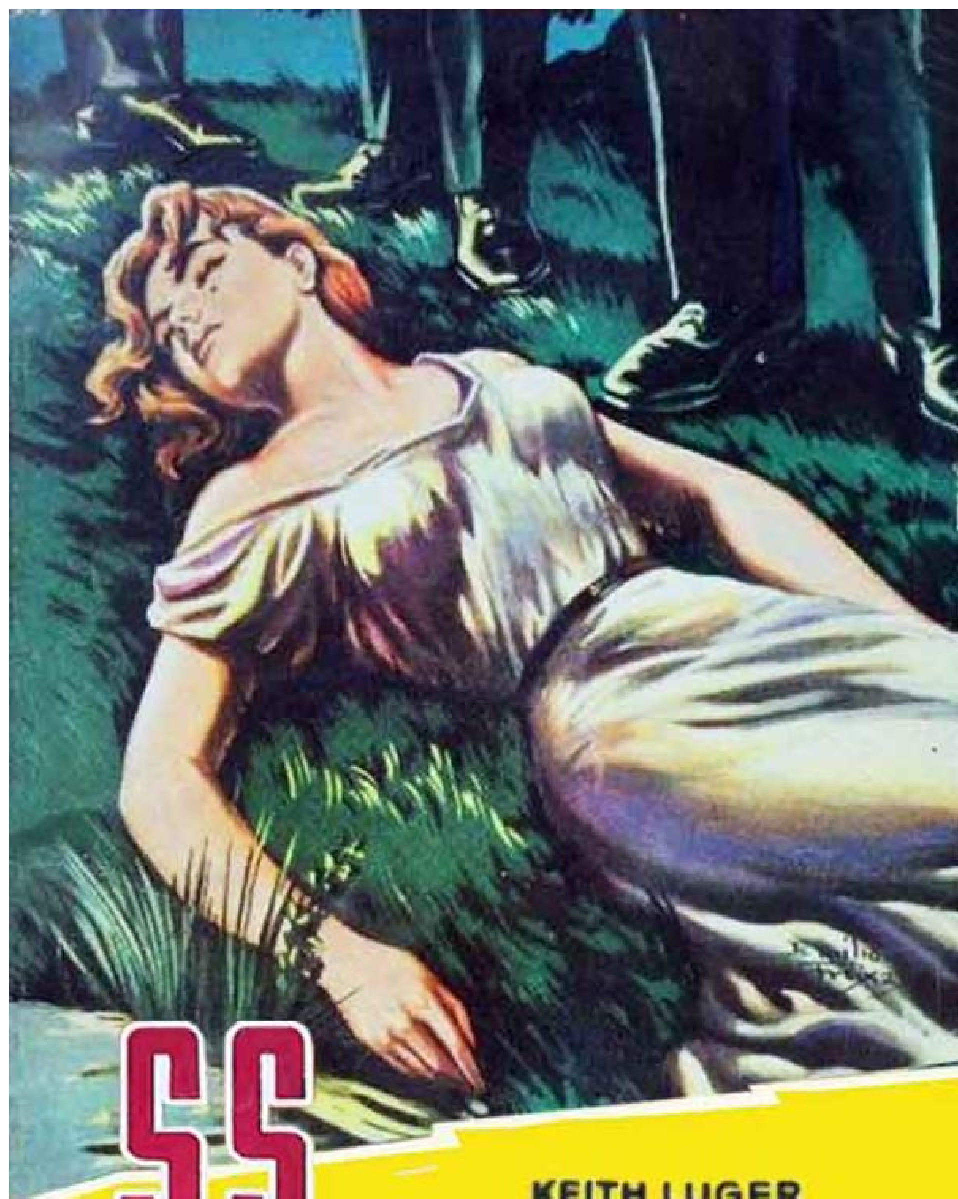


SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

MUERTE DE UNA PELIRROJA

Solté una risita. Pero no tenía ningún motivo para reír. El caballo «Sugar» ni tan siquiera se había colocado en la tercera de Jamaica: Lo decía aquel diario que tenía sobre la mesa. Me acababa de dejar en la ruina. Bien; tendría que darle las gracias a alguien.

Alcancé el auricular y marqué un número.

Cuando descolgaron a la otra parte oí un gran ruido, voces, entrechocar de bolas.

—Oye, Bill —dije—: ¿está por ahí Max? Le llama Danny Merrill.

—Va en seguida.



Keith Luger

Muerte de una pelirroja

Bolsilibros - Servicio Secreto - 489

ePub r1.0
LDS 24.03.19

Título original: *Muerte de una pelirroja*
Keith Luger, 1959
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

MUERTE DE UNA PELIRROJA

1ª. EDICIÓN
ENERO - 1959

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453



BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Solté una risita. Pero no tenía ningún motivo para reír. El caballo «Sugar» ni tan siquiera se había colocado en la tercera de Jamaica: Lo decía aquel diario que tenía sobre la mesa. Me acababa de dejar en la ruina. Bien; tendría que darle las gracias a alguien.

Alcancé el auricular y marqué un número.

Cuando descolgaron a la otra parte oí un gran ruido, voces, entrechocar de bolas.

—Oye, Bill —dije—: ¿está por ahí Max? Le llama Danny Merrill.

—Va en seguida.

Sólo tuve que esperar un par de minutos.

—Hola, muchacho —me escupió Max por el tubo.

Lo imaginé como siempre, con su apestoso cigarro en la boca.

—Deja que te eche mano, Max. Te voy a retorcer el pescuezo… Así que «Sugar» iba a llegar primero… Te lo habían soplado y no había duda.

—Escucha, Danny; son cosas que pasan… Estaba previsto que «Sugar» ganase, pero ¿qué pasó? Yo te lo diré. El día anterior se llevaron a su pareja, «Reina Bonita». El potro se había chiflado por ella y se quedó muy triste. Parece increíble, pero los animales son así, como las personas.

—Y las personas somos como los animales. Te lo demostraré cuando te coja.

—Vamos, Danny, no te pongas así. Si tienes a mano cinco morlacos estoy seguro de que te vas a resarcir. Me han dicho que…

Colgué rápidamente. En primer lugar no tenía los cinco morlacos y en segundo término, había perdido mi fe en las carreras.

Me registré los bolsillos y saqué todo mi capital, un dólar con sesenta y cinco centavos. Eso significaba una cosa, que mi próxima

visita sería a Grene Jary, un usurero de East Side que se conformaba con cobrar un modesto interés de un diez por ciento semanal. Los hay así de generosos. ¡Malditos sean todos!

Abrí un cajón y saqué la botella de *whisky*. Estaba por la mitad. Me aticé un trago con la intención de recobrar el optimismo, pero quince minutos más tarde me encontraba igual.

Y en eso sonó el teléfono. ¡Infiernos, podía ser un cliente!

—¿Detective Merrill? —preguntó una voz carrasposa.

—Sí, yo soy. ¿Quién llama?

—Le va a hablar el teniente Fleischer.

Ya era tarde para decir que había salido. Di un respingo. Eso significaba una bronca. Fleischer sólo me llamaba para eso. Pero de pronto recordé que hacía tres semanas que yo no tenía un caso, y mi querido amigo, el teniente de homicidios, me había puesto como hoja de perejil exactamente un mes antes, cuando acabé mi último trabajo.

—¿Cómo estás, Danny?

Su voz me sonó extrañamente untuosa.

—¿Te echaron del Cuerpo y quieres una plaza de ayudante?

—¿Puedes venir por aquí, Danny?

—¿Para qué? Renové la licencia y te puedo jurar que no estoy enredado en ningún negocio de los miles podridos que hay en la ciudad.

—Te espero dentro de quince minutos.

No me dio tiempo para preguntarle por qué tenía que ir yo al precinto.

Era mi día. «Sugar» había perdido la carrera porque se había enamorado de una yegua y ahora tenía que hacerle una visita a la policía.

El teniente Fleischer, rubio, alto y desgarbado, me estaba esperando junto a una mesa llena de papeles.

Me tendió la mano estrechándomela con fuerza y esto me debió poner en guardia. Luego me ofreció asiento en una silla. Esperé a que me ofreciese un cigarrillo, pero luego recordé que él no fumaba. Me miró con sus ojos verdosos escrutadoramente y empecé a ponerme nervioso.

—¿De qué se trata, Fleischer?

Se masajeó la mejilla.

—¿Desde cuándo no ves a Anne Bros?

—¿Quién?

—Anne Bros. Fue secretaria tuya hace algún tiempo.

—Caramba, Anne —dije con una sonrisa—. Así, de pronto, no me acordaba de ella. Una muchacha excelente y con un cuerpo realmente fuera de serie… Claro que sí, y su cabello era del rubio más intenso que he visto en mi vida.

—Ahora era pelirroja.

Sus palabras interrumpieron mi sonrisa.

—¿Qué es eso de que era?

—Está muerta.

Si me hubiesen pinchado con un alfiler no me hubieran sacado una gota de sangre.

—¿De qué se trata, Fleischer?

—La encontraron la noche pasada flotando en el río a la altura de Trevor Park. Sólo tenía puesto encima un vestido.

—¿Cómo? ¿Cómo sabes que es ella?

—Uno de los muchachos la conocía, Herbert Relph. Dijo que había ido unas cuantas veces por tu oficina cuando ella trabajaba contigo.

Sacudí la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Suicidio? —pregunté.

Fleischer negó con la cabeza.

—Asesinato.

Tragué saliva sintiendo las fauces secas.

—Te he llamado para que la identifiques, Danny.

Sacudí la cabeza.

—Muy bien. Cuando quieras, Fleischer.

Fuimos a la Morgue. Uno de los empleados tiró de un gran cajón y luego el cuerpo quedó sobre la mesa de mármol envuelto en una sábana.

Sí; era Anne Bros, la chica que había sido mi secretaria. Su cara seguía siendo bonita, pero su cabello, tal como me había anunciado Fleischer, era ahora rojizo. En su cuerpo no mostraba ninguna señal.

—¿Cómo? —pregunté a Fleischer.

—Desnucada.

—¿Por qué has desechado el suicidio?

La sábana le cubría ahora el estómago y Fleischer tiró de ella. Mis ojos observaron los pies desnudos del cadáver. Las tripas se me anudaban. Le habían quemado las plantas de los pies.

Di media vuelta, y salí fuera. Fleischer se unió a mí en la escalera.

—¿Sabéis ya quién lo hizo? —pregunté sin mirarle.

—Acabamos de empezar la investigación. Precisamente te he llamado para que nos ayudes.

Moví la cabeza y me puse un cigarrillo en los labios.

Lancé una bocanada de humo y dije:

—Me la envió una Escuela de Secretarias de un tal Richard Pickford, en la calle Sesenta y Dos. Anne sólo estuvo unos meses conmigo. Era una excelente chica.

—¿Familia?

—No, no la tenía aquí. Sus padres trabajan una granja en Spring Valley, a la otra parte del Hudson. Ella prefirió la gran ciudad. Es lo que me dijo.

—¿Por qué dejó de trabajar contigo?

—Me dijo que se iba a casar.

—¿Sí? En sus manos no había ningún anillo ni marca.

—Ya me fijé.

—¿Quién era el presunto novio?

Me puse a pensar. Sabía que ella me lo había dicho.

—Claunigk, Paul Claunigk.

—¿Profesión?

—No se lo pregunté y ella no me lo dijo.

—¿Sabes la dirección de Claunigk, la que ella te dio cuando se marchó?

—No recuerdo que me diese dirección alguna.

—¿Qué otras relaciones tenía ella?

—Nunca citó otro nombre aparte del de Claunigk.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué es lo que te reservas, Danny?

Le miré con el ceño fruncido.

—Nada. No me reservo nada. Ahora sabes tanto como yo.

—Quisiera estar seguro —se mojó el labio inferior con la lengua —. Éste es un asunto nuestro.

—Y mío.

—No, Danny. Te conozco bien. Ningún cliente te confió el esclarecimiento de este asesinato. Compete solamente a la policía.

Meneé la cabeza de un lado a otro.

—Ella fue mi secretaria, Fleischer. Es cierto que me gusta el dinero porque sin él no se puede vivir, pero voy a dar con el que hizo esto a Anne Bros, aunque sea lo último que haga en mi vida.

El rostro de Fleischer se atirantó.

—No te compliques la vida, Danny, y recuerda el juramento del comisionado. Dijo que a la próxima te quedarías sin licencia.

—Correré ese riesgo.

—En cuanto él sepa que has metido las narices en esto, no vacilará en crucificarte.

—¿Quién se lo va a decir, Fleischer?

—Te equivocas si crees que voy a ser tu ama de cría.

Me quité el cigarrillo de la boca y lo tiré en el suelo aplastándolo con el tacón del zapato.

—Muy bien, Fleischer —dije—. No me gusta sostener una guerra con los polis. Siempre procuro colaborar con ellos todo lo que puedo, aunque haya personas en el Departamento que opinen de otra forma. Es cierto que lo hago a mi manera, pero no lo es menos que se debe juzgar por los resultados.

—¿Ya terminaste?

—Sí, ya terminé.

—Pues escucha un consejo. Procura no interponerte en mi camino.

—Me mantendré todo lo alejado que pueda, teniente.

Empecé a descender la escalera y a medio camino me volví.

—Ah, y presenta mis respetos al comisionado.

Movió los labios sin decir nada y supe que estaba soltando una imprecación.

CAPÍTULO II

Una voz melodiosa me anunció que había establecido comunicación con la oficina de Frank Davis, detective privado. Rogué a la chica anunciase al jefe que Danny Merrill quería hablar con él.

Transcurrieron unos segundos y luego la eficiente empleada me anunció que Frank Davis se hallaba camino de Los Angeles. Yo le dije entonces que era una lástima, ya que sólo quería pagar los ciento cincuenta dólares que debía a su jefe. Y en seguida oí la voz de Frank Davis.

—Oye, grandísimo bribón, mándame ese dinero con la cría. Ha pasado tiempo para que hayan llegado a los doscientos.

—Ya iba a colgar. Creí que estabas en California.

—Fue un error de mi secretaria. Es por el trabajo, ¿sabes? Estoy sobrecargado hasta la coronilla.

—Muy bien, Frank. Dejemos eso. Se trata de una chica cuyo nombre es Anne Bros. La sacaron la noche pasada del río. Tú la conoces, fue secretaria mía. Aquella rubia…

—Sí, la recuerdo.

—La mataron de mala manera, achicharrándole las plantas de los pies. Luego la desnucaron. La pescaron a la altura de Trevor Park. Hace seis meses era rubia, pero ahora tiene teñido el cabello de rojo. Quiero que te dediques a eso con los cinco sentidos.

—¿Dónde están mis ciento cincuenta?

—Los tengo en la memoria.

—Yo los quiero tener en el bolsillo.

—Los tendrás. Es cosa segura. Los padres de la chica tienen una granja en Spring Valley. Ellos han de hacerse cargo del cadáver y cuando vengan aquí quiero echar una parrafada con ellos.

—¡Y un cuerno! No estoy dispuesto a mover un dedo en ese

asunto hasta que hayamos liquidado el atraso.

—Era una compañera nuestra, Frank. ¿Qué es lo que nos pasa a nosotros los detectives privados? En todas las profesiones del mundo existe compañerismo…

—¡Basta ya, Danny! Tenía razón yo cuando le dije a la chica que me había ido a Los Angeles.

Sonreí por el micro.

—Cualquier día de éstos te invitaré al *Stork Club*.

—Ese día me dejaré la cartera en casa…

—Te llamaré esta tarde para saber el resultado.

—¿Esta tarde? Tú estás mal de la cabeza. ¿Crees que voy a abandonar los asuntos pendientes de gente que paga por darte satisfacción a ti?

—Hasta luego, viejo —dije y colgué sin escuchar la sarta de maldiciones que Frank estaba soltando.

Salí de la cabina y fui a hacer mi visita a Grene Jary.

Me recibió con una sonrisa glacial. Era gordo como una pelota y la grasa se le derramaba por el cuello de la camisa y por el cinturón. Hacía uso de todos los procedimientos para adelgazar que se anunciaban en los diarios. Los vivales tenían en él a un primo seguro. Hacía todo lo que decía el folleto y cuando terminaba de soltar el kilo de grasa se ponía a comer como un desesperado y ganaba dos.

El cartelito de su establecimiento aseguraba que vendía coches de segunda mano, pero eso era sólo una tapadera. Lo suyo era la usura.

Estaba en su oficina sentado tras una gran mesa haciéndose aire con un abanico. No cambiamos ningún saludo. Yo entré y apoyé una pierna en la esquina de la mesa.

—Tengo un método infalible —rompí el silencio—. Coge un kilo de lentejas y las desparramas por el suelo. Luego las vas cogiendo una a una.

Me dio las gracias en seguida.

—¡Vete al infierno!

Me hubiese ido de haber sido informado que Lucifer era mejor prestamista. Fui a abrir la boca para pedirle la plata y él salió a mi encuentro.

—Justamente mañana te pensaba enviar un cobrador.

Conocía a sus cobradores. Matones del tres al cuarto.

—No te conviene —le dije, pasando la yema del dedo por el borde de la mesa—. Al último tuviste que pagarle la cuenta del hospital.

—Éste es mucho más fuerte. Un ex campeón de los semipesados.

Abrí y cerré la mano.

—Quizá me venga bien. Últimamente no hice mucho ejercicio.

Soltó una risita por la comisura de la boca.

—Me gusta tu sangre fría, Danny, y se me ocurre que estás perdiendo el tiempo con lo tuyo. Conmigo sacarías un mínimo de diez dólares diarios.

—Eres muy amable y es posible que termine dejándome caer por aquí, pero de momento, tengo un asunto que me producirá un par de miles.

—Cuentos.

—Es cosa segura. Antes de tres días te pagaré los cien que te debo, más los doscientos que me entregarás ahora.

—Aún no me he vuelto loco.

Me miré las uñas.

—El otro día me encontré con el inspector Mac Curran. Ya sabes, del Departamento del Tesoro. Delitos monetarios. Es un tipo curioso. Se le enciende la sangre cuando le hablan acerca de cualquier tipo que cobra altos intereses —miré otra vez al gordinflón.

Se había puesto rojo como una amapola y su mano, la que sujetaba el abanico, estaba inmóvil.

Le dediqué una sonrisa.

—Y es incorruptible, Grene. Según me dijeron, alguien intentó comprarlo. ¿Y qué crees que le pasó? Le impusieron un par de años más de pena.

Tiró de un cajón con la mano libre y sacó una arquita. En pocos instantes tuve delante de mí un fajo de billetes. Los conté. Había ciento ochenta.

Me hizo firmar un recibo. Tenía que devolverle los doscientos en siete días. Un tipo listo.

Salté de la mesa.

—Hasta la vista —me dirigí hacia la puerta, pero antes de llegar me volví—. Se me ocurre un mejor procedimiento, Grene. ¿Por qué

no te dedicas tú mismo a cobrar a tus clientes? Sólo con bajar y subir escaleras perderías peso.

Me soltó una obscenidad y yo me fui con la sonrisa en los labios.

Hice una llamada a un amigo del servicio de estadística del municipio y me dijo el domicilio de Paul Claunigk. Vivía en la calle Ochenta y Nueve, Este.

Fui allí en mi coche y vi uno de la policía estacionado junto a una boca de incendios. Fumé un par de cigarrillos antes de que apareciese el teniente Fleischer seguido de dos de sus compañeros. Metiéronse en el coche y se largaron.

Esperé unos cinco minutos y finalmente salté de mi Ford y fui hacia la casa.

Tuve suerte. El encargado no estaba a la vista. Estaría llamando por teléfono a algún amigo para contarle que la policía acababa de girar una visita a uno de los vecinos. Quizá fuese para él el acontecimiento del siglo.

Subí en la jaula del ascensor a la segunda planta y luego pulsé el timbre correspondiente a la puerta marcada con el número ocho.

Me abrió un tipo que debía haber salido del baño recientemente. Estaba por los treinta años y era muy alto, guapo. Se cubría con un batín color azul eléctrico y calzaba pantuflas. Su cabello estaba alborotado porque lo había sorprendido justamente cuando se daba una fricción de algo que olía a demonios. Tenía el frasco en la mano derecha.

—¿Paul Claunigk? —pregunté.

Me miró de la cabeza a los pies y luego de los pies a la cabeza.

—Sí —repuso—, usted se retrasó, amigo. Ya estuvieron aquí sus compañeros.

—No soy de la policía.

Ahora me midió de un hombro a otro. Quizá era sastre.

—Mi nombre es Danny Merrill, detective privado.

—No tengo nada que decirle, señor Merrill —dijo muy rápidamente y fue a cerrar la puerta.

Alargué la mano y detuve la hoja.

Me fulminó con la mirada y le dije:

—Quizá no lo recuerde, pero Anne Bros fue secretaria mía hasta que se casó con usted.

Una de sus cejas, la izquierda, se enarcó. Sólo una.

—Anne Bros nunca ha sido mi esposa. Y ahora…

Negué con la cabeza y tuve que aumentar la presión de mis manos, porque intentó cerrar otra vez.

—No me despedí todavía, señor Claunigk.

Se humedeció los labios con la lengua.

—No quiero hablar con usted, Merrill. Lárguese, ¿quiere?

—Será mejor que colabore, Claunigk. Soy un tipo muy excitable.

Abrió la puerta y puso un brazo en jarras. Sus labios sonrieron.

—Tengo una medicina especial para los que no saben controlar los nervios, Merril. ¿Se la receto a usted?

Hice un gesto afirmativo.

—Adelante, Claunigk.

Me soltó un viaje con la zurda, pero yo ya estaba preparado. Salté a un lado y le sacudí un trallazo en el hígado. Fue un golpe suave, pero seco. El tipo se quedó inmóvil y su cara empezó a ponerse cárdena. Abrió los dedos y el frasco de la fricción se vino abajo haciéndose añicos. No podía respirar, se estaba ahogando.

No había nadie por el corredor, pero en aquel momento se podría abrir una puerta y eso era algo que a mí no me convenía. Le puse la mano en el pecho y lo empujé hacia el interior. Era poco resistente. Se desplomó como si se hubiese convertido en madera.

Entré en el departamento y cerré a mi espalda.

Claunigk logró al fin recuperar el resuello y empezó a soltar maldiciones mientras se levantaba muy furioso. Fue a golpearme, pero decidí conservar la ventaja. Lo atrapé por la muñeca y le llevé el brazo a la espalda.

Soltó un quejido.

—Esto me lo va a pagar, Merrill… Llamaré a la policía.

—La llamará, pero antes me va a soltar lo que sepa acerca de Anne Bros.

—Usted no es ningún representante de la autoridad.

Le levanté más el brazo.

—Ande, Claunigk. Empiece.

—Le voy a…

Los hay tozudos.

Una pulgada más hacia arriba y el hombre sacudió la cabeza en sentido afirmativo. Lo dejé libre y se tambaleó hacia el *living*.

Pasé con él y saqué un cigarrillo.

—Estoy esperando, Claunigk —dije.

Se masajeó el brazo.

—¿Qué culpa tengo yo de que ella se enamorase de mí? Yo sólo quería pasar el rato. No sé lo que les pasa a las chicas. Uno las invita a cenar o al cine y ya se creen con derecho para atarlo a uno de por vida.

Tuve que contenerme.

—No se vaya por las ramas, Claunigk. Sólo me interesa Anne Bros.

—Terminé en seguida con ella.

—¿Qué es eso de en seguida?

—Quiero decir el mismo día que abandonó su oficina —sonrió —. Figúrese; dijo que me quería dar una sorpresa y luego me soltó que ya no trabajaría más y que se dedicaría a las labores propias de su sexo. Había venido de una granja para trabajar como secretaria. Es lo que dijo. Pero al conocerme a mí se dio cuenta de que su verdadera misión en la vida era la de mujer de su casa. Un marido, hijos…

—Para que ella dijese eso, usted tuvo que haberla convencido antes.

—No le comprendo.

—¿A qué se dedica, Claunigk?

Se encogió de hombros.

—Hago de todo.

—Ponga un ejemplo.

—Soy comisionista. Mucha gente viene a Mueva York a hacer sus negocios. Yo los asesoro. A mí me pagan un tanto por mi trabajo.

—¿Qué más?

—La misma gente no conoce la ciudad. Los acompaño a locales nocturnos.

—Y los patrones le largan otra comisión.

—Desde luego. La gente que va conmigo son buenos clientes.

—¿Por qué eligió a Anne Bros?

—¿Qué quiere decir?

—Ella era una chica seria. Pudo haberse entretenido con otra.

—Oiga, yo no la elegí. Nos conocimos en el automático. La chica era mona, pegamos la hebra y luego quedamos para salir, pero yo

sólo la tenía de suplente. ¿Qué culpa tengo yo de que se lo creyese?

—¿La volvió a ver?

—No.

—¿Qué le dijo ella respecto a lo que haría?

—Nada. No me dijo nada. Pero yo le di un consejo, ¿sabe? Comprendí que la chica se sentía decepcionada y le dije que haría bien en volverse a la granja de sus padres… Era lo mejor para ella… Soy un tipo de sentimientos humanitarios… Pero por lo visto no me hizo caso… La muy estúpida se quedó por aquí.

Lo miré fríamente sin decir nada.

Sonrió otra vez.

—Eso es todo, Merrill, y ahora, si me lo permite, tengo que ir al dentista.

Eso era todo para él. Anne Bros estaba muerta, pero ¿qué importancia tenía eso?

Sacudí la cabeza y eché a andar. Ahora le golpeé con la derecha en el estómago y cuando se arrugaba le incrusté el otro puño en la boca.

Luego lanzó un grito agudo y se desplomó cerca de un sillón.

Di media vuelta y me dirigí hacia la salida del departamento. Sí; Claunigk tendría que ir al dentista, porque ahora necesitaría reponer unas cuantas piezas.

CAPÍTULO III

Media hora más tarde estacionaba el coche cerca de la escuela de secretarias de Richard Pickford.

Una señora de unos cuarenta años de edad, de cabello blanco y rostro simpático me dio la bienvenida.

Pregunté por el señor Pickford y dijo que se encontraba ausente, pero que ella me podría atender.

Le expliqué todo lo relacionado con Anne Bros. La señorita Carden, que así dijo llamarse, quedó muy afectada por la noticia. Recordó al instante a Anne.

—Sí, sé quién es —dijo mientras se sentaba detrás de una mesa y me señalaba un sillón.

—Se me ha ocurrido que ella, viniese aquí después de dejar mi oficina.

—Ha pensado bien, señor Merrill.

—¿Le ofrecieron ustedes un nuevo empleo?

—Sí. No recuerdo exactamente las circunstancias. Tendré que mirar el fichero. Es cuestión de unos minutos.

Se acercó a un fichero metálico que había al fondo, en un rincón, y al cabo de un rato regresó con una tarjeta.

—Sí, aquí lo dice —declaró—. Anne vino aquí el siete de febrero de mil novecientos cincuenta y nueve.

Ahora corría el doce de agosto. Así que las fechas coincidían. Estaba claro que Anne fue a la escuela inmediatamente que Claunigk la defraudó.

—Al día siguiente la enviamos a la oficina de Steve Adler, un abogado de la calle Cuarenta y Siete, doscientos treinta y dos.

—¿Tienen referencias acerca de él?

—No, señor.

—¿Fue la última vez que vio usted a Anne?

—Con toda seguridad.

—¿La llamó ella por teléfono para hablarle de su nuevo empleo?

—No.

Le di las gracias y salí de allí.

Steve Adler tenía su bufete en un lujoso edificio. Al entrar en su oficina me encontré con tres empleadas que trabajaban sacando chispas de las máquinas. Tuve suerte en que la más bonita viniese a mi encuentro, una morena alta, de rostro sensitivo y piernas de primera *vedette*.

Le dije que quería ver a Steve Adler y me preguntó si tenía hora señalada. Saqué una tarjeta comercial y se la alargué. Ella leyó su contenido y me miró más interesada. Luego dio media vuelta y mientras se alejaba hacia una puerta que había al fondo observé el balanceo de sus caderas. Luego miré la mesa de donde había salido. Sobre ella descansaba un programa de conciertos del Carnegie Hall.

Regresó al cabo de un minuto.

—El señor Adler ha accedido a recibirle.

Prometí para mis adentros preguntarle cuándo estaría dispuesta a recibirme ella. Pero eso sería más tarde.

Steve Adler frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era de talla regular, panzudo, de cabeza casi calva y ojos azules muy brillantes. En su mano derecha mostraba un pedrusco del tamaño de un guisante.

—¿En qué puedo serle útil, señor Merrill?

Ocupé un sillón de cuero y repuse:

—Estoy haciendo una investigación y para completar datos necesito un informe acerca de Anne Bros.

En ese momento le estaba mirando muy fijo a la cara. No dio señal alguna de reaccionar. Así pues había dejado atrás al teniente Fleischer y sus muchachos.

—¿Anne Bros? —repitió y pareció pensar—. «Oh, sí, una muchacha de unos veintidós o veintitrés años de edad».

—Se la envió a usted la escuela de secretarias de Richard Pickford, exactamente el ocho de febrero… —Le ayudé.

Se echó atrás en el respaldo de la silla y cruzó los dedos por si yo no había visto todavía el brillante.

—Una muchacha eficiente. Sentí mucho perderla —fui a

preguntar, pero no me dejó—. Sólo estuvo con nosotros quince días. La chica no estaba al corriente de las cosas de tipo jurídico y la dediqué a la correspondencia usual.

—¿Por qué se marchó de aquí?

—A las dos semanas de encontrarse con nosotros me dijo que su padre estaba enfermo y que la había llamado a su lado —sonrió—. Naturalmente, di mi consentimiento. Le dije que el puesto estaría vacante para cuando su padre se sintiese mejor, pero nunca regresó —hizo una pausa—. ¿Ocurre algo, señor Merrill?

Pensé que era preferible se lo dijese todo. Le conté lo que me pasaba. Pareció sentirlo.

—Me gustaría ayudarle en algo —dijo—. La chica me resultó muy simpática.

Le di las gracias y me acompañó hasta la puerta. Cuando iba a salir me volví hacia él.

—Una pregunta, señor Adler. ¿De qué color era el cabello de Anne Bros cuando la contrató usted?

Se puso a pensar.

—Rubio —dijo al fin.

Me despedí de él definitivamente y salí fuera.

Cuando sentí que la puerta se cerraba a mi espalda me encaminé hacia la morena.

—Perdone, pero usted y yo nos hemos visto antes —dije.

Interrumpió su faena a la máquina y me miró.

—¿Dónde? —preguntó.

—¿Le gusta la música?

—Sí.

—¿La clásica?

—Desde luego. Soy una amante de la buena música.

—En el Carnegie Hall.

Me dedicó una sonrisa muy expresiva.

—¿Está seguro?

—Sí, seguro que fue allí.

—Bueno —dijo—. Quizá otro día nos veamos.

—Es posible —hice un gesto de saludo con la mano y me marché.

Comí en un automático y luego me metí en una cabina telefónica y llamé a Frank.

—Llegó el padre de Anne Bros —anunció—. Estoy en buenas relaciones con el Departamento y uno de los agentes se prestó a darme la información.

—¿Qué hay de la autopsia?

—La chica estaba muerta cuando la tiraron al agua.

—¿De qué forma la mataron?

—La golpearon con un objeto contundente, rompiéndole tres vértebras.

—¿Qué hay de las quemaduras de los pies?

—Fueron producidas por electricidad.

—¿Una plancha?

—Cabe —hizo una pausa—. El padre se ha hecho cargo del cadáver.

—¿Lo llevaron a Spring Valley?

—La va a enterrar aquí. Al parecer su esposa está enferma del corazón. No le quiere decir nada hasta que pase algún tiempo.

—¿Habló alguno de nuestros muchachos con él?

—No, pensé que querrías hacerlo tú personalmente.

—Bien hecho.

—Se hospeda en el hotel *Glocester*, calle Treinta, Este, sesenta y nueve, habitación catorce. Según me informó el agente, el hombre está muy afectado. Se retiró en seguida al hotel.

—¿Qué sabes de él, chico?

—Somos hombres y no máquinas, muchacho. Además, no me diste muchas referencias.

—Ahí van un par de noticias adicionales. Quiero conocer todo lo que se refiere a un tal. Paul Claunigk.

Le di su dirección y los detalles para el caso.

—¿Qué más, Danny?

—La chica trabajó con un abogado, Steve Adler —le aporté todo lo que sabía acerca de Adler, y añadí—: Sería bueno que tus muchachos conociesen hasta sus cicatrices.

Se mostró de acuerdo y cortamos la comunicación.

Media hora más tarde estacionaba delante del hotel *Glocester*.

Pasé de largo por el registro y nadie me importunó.

Subí a la primera planta y pulsé el timbre de la habitación catorce.

Gimió un somier, se arrastraron unos pasos y luego la puerta

quedó abierta.

Albert Bros estaba por los cincuenta años de edad y tenía el cabello blanco. Su rostro era de facciones apacibles. Tal como me había adelantado Frank, parecía muy cansado.

—Buenas tardes, señor Bros —le saludé—. Soy Danny Merrill, el primer jefe que su hija tuvo cuando llegó a la ciudad.

Me tendió la mano y me invitó a pasar. Me señaló una silla y él se sentó en el borde de la cama.

Carraspeé suavemente y dije:

—No necesito decirle cuánto siento lo de su hija, señor Bros.

—Ella tenía lo que podía necesitar —dijo con voz ronca—. Pero no le gustaba nuestro villorrio, a pesar de estar cerca de Nueva York. —Hizo una pausa—. Y ya la ve; ahora está muerta.

—Quisiera hacerle unas preguntas relacionadas con su hija, señor Bros. Naturalmente, si usted lo prefiere, podemos dejarlo para otra oportunidad.

Me miró con ojos parpadeantes.

—Según me dijo Anne, usted es detective privado, señor Merrill. ¿Quiere decir que está interesado en el caso de mi hija?

—Desde luego.

—¿Por qué lo hace, señor Merrill?

—Me siento obligado a echar mano a la persona que la ha asesinado.

Hubo un largo silencio.

—Es muy honesto por su parte —contestó—; pero voy a pagarle todos los gastos.

—No puedo aceptar un solo dólar de usted, señor Bros.

Corrieron unos segundos y luego sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Qué quiere saber?

—Me gustaría conocer todo lo que su hija haya podido escribir desde Nueva York. Me interesa especialmente lo que se refiere a sus amistades.

Se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Durante el año que Anne permaneció fuera de casa, sólo nos escribió en media docena de ocasiones. Las cuatro primeras corresponden al período en que trabajaba con usted. Estaba encantada del trabajo. Nos hablaba también de la compañera con la

que compartía su vivienda, Margot Edge. Decía que era una buena amiga suya, servicial y afectuosa. Justamente en la cuarta carta nos habló de un hombre al que había conocido, Paul Claunigk. Mi mujer y yo tuvimos la impresión de que ese muchacho empezó a significar algo para Anne. —Bros guardó un silencio—. Entre la cuarta y la quinta carta, transcurrieron cerca de cinco meses. Mi mujer ya estaba muy enferma y a mí me era difícil venir a Nueva York, pero por fin un día pude hacer una escapada. Me encontré con la sorpresa de que Anne ya no vivía con Margot Edge, y lo peor del caso era que Margot no sabía dónde estaba. Regresé a casa y tuve que decirle a mi mujer que había visto a Anne. Al cabo de unos días recibimos una tarjeta suya diciéndonos que estaba muy bien y que ganaba mucho dinero. No indicaba nada respecto a su empleo ni a su dirección. Se limitaba a anunciar que estaba provisionalmente en casa de una amiga y que, cuando tuviese una residencia definitiva, nos la comunicaría.

Bros hizo una pausa.

—Hace unas semanas recibimos la última carta —se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre que me alargó.

Extraje su contenido, una hoja de papel que decía así:

> «*Queridos padres*:
>
> *»He comprendido que estaba equivocada. Si las cosas se pudieran hacer dos veces no me apartaría de vuestro lado, pero mi experiencia me ha servido de mucho. Dentro de una semana estaré con vosotros y ya no nos separaremos. Con todo mi cariño*».

Estaba firmada por Anne.

Devolví la carta a Bros y él dijo:

—Es todo lo que supimos de ella hasta esta mañana…

Dejó la frase sin terminar porque su voz se quebró.

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí, pero negó con la cabeza. Yo encendí uno y me fui hacia la ventana. No era mucho lo que el padre de Anne me decía respecto a su hija, pero yo no había sido muy optimista.

—¿Estuvo enfermo recientemente, señor Bros? —pregunté.

—No he estado enfermo desde hace diez años.

—¿Qué hacía Anne en Spring Valley antes de venir a Nueva York?

—Me ayudaba en las labores de la granja, pero siempre fue una chica inquieta, deseosa de aprender. Estudió en la escuela secundaria como cualquier otra muchacha, pero hace un par de años deseó ampliar sus conocimientos y empezó a ir a las clases de Douglas Winters.

—Supongo que ella tendría especial atracción por algún amigo o amiga.

—No, Anne no tenía ninguna preferencia; era muy reservada.

¡Infiernos, claro que lo era! Yo la había tenido seis meses conmigo y ahora me daba cuenta de que apenas sabía algo de ella.

—Su mejor amigo era Douglas Winters —dijo Bros—. Llegué a pensar que fue por él por quien iba a la clase.

—¿Enamorada quizá?

—Sí, creo que sí. Cuando Arme dijo de venir a Nueva York, pensé que las cosas habían ido mal entre los dos.

—¿Le preguntó a ese respecto?

—Sí, pero Anne me dijo que entre ella y Douglas Winters nunca había existido nada. Luego Anne se vino a Nueva York y el asunto quedó enterrado.

—¿Habló usted con Douglas Winters?

—No lo creí conveniente. Winters era un hombre al que se veía casi siempre con mujeres.

—¿Por qué habla de él en pasado? ¿Quiere decir que ya no está en Spring Valley?

—Se marchó hace cosa de unos cuatro meses.

—¿Adónde?

—No lo sé. Un buen día desapareció. Nadie sabe de dónde vino y tampoco creo que haya alguien en Spring Valley que conozca su paradero.

—Un tipo interesante —comenté—. ¿Qué clase de escuela era la suya?

—Alquiló una casa en Spring Valley y la acondicionó para sus clases.

—¿Qué título ostentaba?

—Recuerdo que cuando fui a inscribir a mi chica observé sobre la pared una especie de diploma, pero no presté atención a su contenido. Supuse que había sido expedido por alguna Universidad…

—¿Quiere describirme a Douglas Winters?

—Está por los treinta y cinco años de edad, y es muy alto, de fuerte constitución. Cabello castaño. Casualmente no es la imagen que uno puede hacerse de un profesor. Su rostro es muy moreno.

Di una chupada al cigarrillo y exhalé el humo.

—Oiga, Bros, quizá eso sea importante. ¿Por qué no se preocupa de indagar en Spring Valley acerca de Douglas Winters?

—Muy bien, lo haré.

Le entregué una de mis tarjetas y le dije que cuando supiese algo se pusiese en contacto conmigo. Le pregunté por el funeral de su hija y me indicó que se celebraría al día siguiente por la mañana, en una empresa de pompas fúnebres de la calle Catorce.

Nos estrechamos las manos y abandoné el hotel.

Aunque no esperaba ya ningún informe extra, quería ver a Margot Edge.

Busqué su número en la guía y lo marqué en el dial.

Nadie contestó a mi llamada. Entonces compré un diario y leía la sección destinada a conciertos. Daban Uno de música de Haydn en un local de Broadway. Entonces llamé al despacho de Steve Adler y apenas tomaron el auricular a la otra parte, reconocí la voz de la morena.

Dije quién era y añadí a continuación:

—He tenido suerte en que fuera usted, puesto que se me olvidó preguntar su nombre.

—Sylvia Westbury. ¿Le pongo con el señor Adler?

—No, Sylvia, la llamada es para usted… Casualmente me acaban de decir que esta noche en el Odeón dan un buen concierto.

—Lo siento, pero estoy comprometida.

—Muy bien, tendré que regalar su localidad.

—¡Oh! ¿Ya las compró?

—Ajá.

—En tal caso creo que no tendré más remedio que ir con usted.

—Magnífico; ¿dónde quiere que la recoja?

Me dijo adonde tenía que ir y nos despedimos.

Fui a mi oficina. No tenía secretaria desde que se me marchó Anne. Después de todo, no necesitaba a nadie a mi alrededor.

Le pegué un buen tiento a la botella de *whisky* y me puse a fumar un cigarrillo.

En eso oí que se abría la puerta de la sala de espera.

Empecé a levantarme para recibir al visitante, pero no hizo falta que saliese a su encuentro porque él se coló en mi despacho. Era un hombre de unos cuarenta años. Su cabeza era poderosa y los arcos superciliares le daban cierto aspecto simiesco. Aquel fulano descendía de un mono.

Se cubría con un traje gris de mezclilla.

—¿Hablo con Dan Merrill, detective?

—Sí.

Me tendió la mano sonriendo, al tiempo que decía:

—Soy Kirk Landis.

Tengo fuerza, pero él tenía más que yo y en el torneo salió vencedor, porque me dejó la diestra a la ruina. Tuve que señalarle el sillón con la zurda.

Se sentó y cruzó las piernas.

Yo ocupé mi sillón giratorio y apoyé los codos sobre la mesa.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Landis?

—Mucho, amigo —dijo, y se aclaró la garganta.

Esperé a que siguiese haciendo el gasto de la conversación.

—He de encontrar a mi hijo —sacudió la cabeza—. No sabe los malos ratos que me está dando.

—¿Desde cuándo no sabe de él?

—Una semana.

—¿Edad?

—Dieciocho años… ¡Qué juventud, amigo! No sé adónde vamos a parar.

Eché mano a un bloc de notas y empecé a escribir.

—Haga la descripción —dije.

—Uno setenta de estatura, moreno, rostro de facciones regulares, ojos grises.

—¿Cuál cree que es la causa de su desaparición?

—No lo creo, lo sé perfectamente. Unas faldas. ¿Qué otra cosa podía ser?

—¿Quién es ella?

—Y yo qué sé. Bob siempre ha ido con unas y otras desde que cumplió los catorce años —soltó una risita—. Me salió adelantado… Tuve que despedir a dos sirvientas y no fue precisamente por culpa de ellas.

—¿En dónde piensa que está Bob?

—En Los Angeles.

—¿Por qué? ¿Ha recibido alguna noticia de él?

—No, ninguna, pero siempre ha estado pensando en ir a California. Me pidió en un par de ocasiones que lo llevase, pero los negocios no me han permitido darle esa satisfacción y ahora el muy… —se interrumpió y soltó otra risita.

—Muy bien, señor Landis, aceptaré su encargo. En cuanto a mis honorarios, son cuarenta dólares diarios más los gastos.

—No tiene que preocuparse por eso.

Sacó una cartera muy abultada, de la cual extrajo un gran fajo de billetes.

Contó durante un rato y me alargó una buena porción.

—Ahí tiene mil dólares, señor Merrill. No escatime nada. Lo importante es que me devuelva a mi hijo.

—¿Y la chica?

—¡Infiernos, a esa…! —se interrumpió otra vez—. Le da una palmada de mi parte donde pueda.

Rompió a reír otra vez y se puso en pie. Yo permanecí sentado.

—Se olvida de algo, señor Landis —dije.

—Oh, no hace falta que haga recibo.

—No es el recibo. Debo tener su dirección para ponerme en contacto con usted.

—Oh, sí; apunte mi teléfono. Cuando sepa algo me hace una llamada a larga distancia. Cualquiera de mis secretarios recogerá sus noticias.

Asentí con la cabeza y me dio el número de su teléfono. Luego, dijo:

—Supongo que saldrá en avión para los Angeles.

—Sólo me demoraré el tiempo para hacer mi maleta.

—Magnífico —asintió, palmeándome la espalda.

Le acompañé a la puerta y me tendió la mano. Esta vez tomé mis precauciones y fui yo el que le estrujé los dedos, pero el tipo ni se inmutó. Salió de allí satisfecho, como si con la visita a mi oficina

hubiese acallado la voz de su conciencia.

CAPÍTULO IV

Regresé a mi mesa y llamé a Frank.

—¿Alguna noticia? —pregunté.

—Uno de los muchachos acaba de llamar comunicando algo que quizá te interese.

—Suéltalo.

—Mi chico se llegó Greystone; ya sabes, un poco más arriba de Trevor Park. Llevaba consigo una de las fotografías que he logrado sacar de la pelirroja. Entre paréntesis, tuve que gastar diez dólares para que el agente me diese copia de la que había sacado el departamento.

—Sé cómo trabajas y por eso acudo a ti. ¿Qué descubrió tu chico?

—Exhibió la fotografía de Anne Bros por los hoteles y al fin encontró una persona que la identificó. Es el *Estrella Marina*, de la calle White. Lo regenta una mujer madura que responde al nombre de Mamaronek.

—¿Qué le ha dicho a tu agente?

—Anne Bros estuvo allí hace tres noches. Mamaronek no la conocía. Alquiló una habitación y pagó dos días por adelantado. La muchacha permaneció en su habitación y se hacía servir la comida arriba mismo. Mamaronek trató de entablar conversación con ella, pero la chica se mostró evasiva. Ayer por la tarde hubo una llamada. El teléfono está abajo. Mamaronek estaba sentada y prestó oído, como siempre que habla alguno de sus huéspedes, pero no cogió ni una. La chica habló con monosílabos, pero Mamaronek recuerda que lo último que dijo fue que sí. Anne permaneció en el hotel hasta el anochecer y entonces salió con su valija.

—¿No llamó a ningún taxi?

—No.

—¿Algún coche a la puerta?

—Nada de nada. Mamaronek permaneció en su registro y la chica voló. Eso es todo. —Frank dio un suspiro—. Me parece que te vas a encontrar con un muro.

—Ya lo encontré.

—¿Cómo es eso?

—Han intentado apartarme del asunto.

—Ya; tu amigo el teniente Fleischer.

—Ha sido más serio. Un gorila se dejó caer por mi despacho, dándoselas de hombre de negocios. Su hijo ha desaparecido y quiere que lo busque en Los Angeles. Me dejó a cuenta mil morlacos.

—Oye, Danny; esto está costando mucho dinero.

—Sabía que te abriría el apetito.

—Tengo una docena de muchachos empleados en este condenado caso.

—Muy bien, te enviaré quinientos; pero hasta ahora no me has sido de mucha utilidad.

—¡Y un demonio!

—¿Qué hay de Steve?

—Es un buen abogado. No destacó los primeros años, pero últimamente su nombre empezó a sonar. Tiene una larga clientela. Y casi todos ellos son *gangsters* famosos. ¿Te acuerdas de Johnny Platino?

—¿Uno de los reyezuelos de la morfina?

—Adler lo defendió la semana pasada ante el Tribunal de Apelación de Nueva Jersey. Platino salió en libertad. Hace cuatro meses defendió a Glen Wadoo, el dueño de todos los lupanares que hay de aquí al lago Michigan.

—Háblame de Paul Claunigk.

—Es un *gigoló.*

—Lo suponía.

—Está en combinación con unos cuantos gerentes de hoteles. Ellos le proporcionan el ganado y él se las ventila muy bien. Cobra comisiones de todos los lugares adonde lleva a su clientela.

—Muy bien, Frank. Quiero datos completos de las relaciones que hayan podido sostener Steve Adler y Paul Claunigk con Anne Bros.

—Eso va a ser muy difícil, especialmente en el caso de Steve Adler; pero aleccionaré en ese sentido a los muchachos.

—Hay un nuevo tipo que añadir a la colección. Se trata de Douglas Winters, sujeto que apareció por Spring Valley hace cosa de dos años. Abrió una escuela para ampliar conocimientos culturales de los habitantes del villorrio y parece tenía gran éxito con las mujeres. Se fue del pueblo hace unos meses. Destaca a un chico allí para que le siga la pista.

—Oye, yo no soy millonario. No trabajo por amor al arte. Los muchachos tienen su familia, mujeres e hijos, con la costumbre de comer al menos un par de veces al día.

—Los quinientos sólo es un anticipo.

—¿Sí? ¡Y te los dio un gorila! Maldita sea. En cuanto sepan que no te vas a Los Angeles te obligarán a escupirlos.

—A propósito de gorilas; mi supuesto cliente me dio su número de teléfono. Quiero que hagas una gestión acerca de la compañía telefónica para saber a quién corresponde —y le di el número.

—Oye, trabajar contigo en un asunto es como para tirar la placa y marcharse a criar patatas.

—Lo debiste hacer hace cinco años, Frank. Eso habría ganado la profesión y el campo.

Colgué antes de que empezase a maldecir.

Llamé de nuevo a Margot Edge, pero su teléfono continuó en la horquilla.

Abandoné la oficina y lancé mi coche al tráfico de la calle. Me detuve en el camino para enviar los quinientos que había prometido a Frank.

Me costó cuarenta y cinco segundos llegar a la dirección que me había dado Sylvia Westbury.

El edificio en que se ubicaba su departamento era moderno. El encargado, de acuerdo con los nuevos tiempos, no se preocupó de preguntar adonde me dirigía.

Subí en el ascensor hasta la tercera planta, seguí por un corredor y al fin me detuve ante la puerta sesenta. Pulsé el timbre y me puse a esperar.

Transcurrieron dos minutos y volví a apretar el zumbador.

Una voz anunció desde dentro:

—Puede entrar. La puerta está abierta.

Pasé dentro y me encontré en un saloncito primorosamente decorado.

Había una puerta entreabierta. Oí de nuevo su voz.

—Me pilló en el baño, Danny. Lo siento, pero a última hora se presentó un trabajo extra. En seguida termino. Sírvase un *whisky*: el bar está al fondo. Cuando esté sentado de espaldas a la puerta, dé el aviso. He de pasar al dormitorio.

Me preparé el *whisky* y me senté en el diván.

—Preparado —dije.

—¿Para qué? —inquirió ella.

Siempre hago lo que ellas quieren… en la primera parte del juego.

Bebí un trago y ella pasó por detrás andando muy aprisa. Luego una puerta se cerró.

Fumé un cigarrillo y aplasté la punta en un cenicero. Fui al bar y me serví una nueva ración.

Oí un frufrú a mi espalda y me di la vuelta. Ella estaba allí.

Había valido la pena esperar. Estaba maravillosamente hermosa con su vestido negro quede ceñía como una vaina.

Bebí un trago y dije:

—Ahora lo necesito más que antes.

—Gracias —murmuró—. ¿Quiere invitarme? Pero, por favor, póngale dos partes de soda.

Lo preparé como ella quería y se lo llevé.

Bebimos en silencio y luego ella preguntó:

—¿A qué hora es el concierto?

Recordé que no lo sabía.

—A las siete y media —dije, sin pensarlo mucho—. Tenemos casi una hora por delante. Quiero llevarla a cenar a un sitio que apuesto a que usted nunca ha visitado.

La llevé a *Chez-Pierre*. Me gusta la cocina francesa desde que estuve destinado por allí en el año cincuenta, a las órdenes del Tío Sam.

Los tipos del piano y el violín contribuyeron al éxito de mi empresa. Comimos y escuchamos. Fumábamos cigarrillos cuando ella dijo:

—¡Oh, el concierto!

—Debo hacerte una confesión —dije—. Me gusta la música, pero

nunca estuve en Carnegie Hall.

—Y yo debo hacerte otra —repuso—. El programa que viste sobre mi mesa de trabajo pertenecía a una de mis compañeras.

Ambos sonreíamos.

—¿Y el compromiso? —pregunté.

—Eso era cierto.

—¿El muchacho de tus sueños?

—¡Oh, no! Sólo un amigo —me sonrió otra vez—. Seamos sinceros, Danny.

—Seámoslo.

—He leído un diario de esta tarde. En él se habla de la muerte de Anne Bros. Es por eso que fuiste a ver a Steve Adler, ¿verdad?

—Sí.

—Y te acercaste a mí pensando en que yo te podría dar la información que no sacaste a mi jefe.

—Bueno, yo…

—Hemos prometido ser sinceros —me interrumpió.

—¿Me vas a dejar hablar, muchacha?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es cierto que me ocupo de investigar la muerte de Anne Bros y que fui al despacho de tu jefe por información y que pensé que una de sus empleadas me podría decir algo que Steve Adler no quisiese o no me pudiese decir. Pero date cuenta de una cosa: sois tres empleadas, y yo te elegí a ti.

Quedó en suspenso un rato.

—Está bien, Danny… No lo puedo tomar a mal.

—Gracias.

—Además —echó una mirada en su derredor—, supiste elegir bien el lugar. La cena fue maravillosa, y te debo algo.

—No lo tomes así, ¿quieres?

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

La situación era un poco violenta, pero pensé que si entrábamos en el asunto quizá las cosas cambiarían.

—¿Trabajabas tú con Steve Adler cuando llegó Anne Bros a la oficina?

—Sí.

—Háblame de la chica. ¿Qué te pareció?

—Sólo estuvo un par de semanas con nosotros, pero fue lo

suficiente para que me hiciese una idea acerca de ella. Esa mujer había sufrido recientemente una gran decepción. Es algo que una mujer no puede disfrazar ante otra mujer.

—¿Intimasteis?

—Yo lo intenté, pero ella no me dejó. Estaba resentida contra todos. Era muy seria y se limitaba única y exclusivamente a hacer su trabajo. Recuerdo que al cabo de unos tres o cuatro días de estar con nosotros organicé una merienda en casa. Invité a las chicas y me dirigí especialmente a Anne para que nos acompañase. Ella me agradeció la invitación, pero no la aceptó.

—Ya —encendí otro cigarrillo y arrojé una bocanada de humo —. ¿Ocurrió lo mismo entre Anne Bros y las demás muchachas?

—Las dos compañeras que has visto allá en la oficina están casadas y a ellas no les preocupaba lo que pudiese ocurrirle a Anne Bros.

—Comprendo. ¿Tuvo oportunidad de hacer Anne otras amistades en la oficina?

—Sí, las hizo.

Sentí un nuevo interés.

—¿Con quién?

Me miró muy fijo con sus grandes ojos, tomándose tiempo para contestar. Finalmente lo dijo:

—Con Luke Dekker.

—¿El *gángster*?

—Sí.

—Cliente de tu jefe, ¿eh?

—Lo es desde hace un par de años.

—¿Cómo ocurrió eso de que Luke Dekker y Anne se hiciesen amigos?

—Como ocurren esas cosas. Luke llegó allí a consultar cualquier cosa y vio a Anne. ¿Conoces a Luke?

—No personalmente, pero he oído hablar algo de él.

—Es un hombre agradable, muy simpático y especialmente galante con las mujeres. Tiene por costumbre regalarnos cajas de bombones o flores a todas las chicas que trabajamos con Steve Adler. Cuando llega allí se hace acompañar de unos cuantos de sus hombres y ellos siempre entran cargados de regalos en la oficina. Desde el primer instante que Luke vio a Anne Bros se sintió

interesado por ella. Recuerdo perfectamente que ocurrió a la Semana de estar allí Anne. Repitió su visita al día siguiente y dedicó su atención con absoluta exclusividad a Anne. —Sylvia hizo una pausa para encender también ella un cigarrillo—. Anne recibió algunas llamadas y supuse que eran de Luke. Naturalmente, pienso que la chica aceptaba las invitaciones de él para cenar o salir por la noche.

—Así pues, son presunciones tuyas.

—No puedo tener seguridad porque, como ya te he dicho antes, Anne jamás me contó nada a ese respecto.

—Y al cabo de otros siete días de haber conocido a Luke, ella se marchó.

—Dijo que su padre estaba enfermo y que la había mandado llamar. Pero si quieres que te dé mi opinión, esa historia me pareció falsa.

—Lo es.

—¿Cómo lo sabes, Danny?

—Hablé con el padre de Anne.

Guardamos un silencio y luego pregunté:

—¿Alguna otra relación aparte de la de Luke?

—No, que yo sepa.

—¿Le oíste pronunciar alguna vez, cuando habló por teléfono en tu presencia, los nombres de Paul Claunigk o de Douglas Winters?

—No.

Sacudí la cabeza.

—¿Puede haber existido una relación más íntima entre Steve Adler y Anne Bros que la que existe normalmente entre un jefe y su secretaria?

—Absolutamente no.

—¿Qué opinión te merece Steve Adler?

—Es un abogado inteligente… a pesar de su extraña clientela.

—¿No la ha podido elegir mejor?

—Por regla general son ellos quienes eligen su asesor jurídico, y hay miles de abogados en el país que se darían por satisfechos con tener entre sus clientes a hombres como Luke Dekker.

—Y como Johnny Platino o Glen Wadoo…

—Sí, Danny —se quitó una brizna de tabaco del labio inferior—. No voy a defender a Steve Adler, pero me indigna el hipócrita

puritanismo de algunas personas. Luke Dekker, Jonny Platino y Glen Wadoo y otros muchos como ellos, son escoria, pero ante la justicia son seres libres y a ellos también se les concede el derecho de defenderse. Por ellos necesitan un abogado, y éste se puede llamar Steve Adler o Samuel Leigevitch…

La chica sabía utilizar la inteligencia. Samuel Leigevitch había sido un buen abogado criminalista, quizá el mejor del país, y ahora ocupaba una de las más altas magistraturas de la nación, la de la corte suprema.

Le sonreí.

—Muy bien, señorita. Me declaro vencido.

Los hombres del piano y del violín interpretaban *Moulin Rouge*.

Escuchamos silenciosamente durante un rato, Sylvia era feliz. Se me quedó mirando.

—¿Por qué no lo dices, Danny?

—¿El qué?

—Estás a punto de proponerme que vayamos a ver a Luke Dekker.

—Sabes leer el pensamiento —le cogí una mano por encima de la mesa—. ¿Te molestaría?

—No, detective. Y será mejor que nos demos prisa. Luke no se pierde una velada de boxeo en el Madison. Son las siete y cuarto y a las ocho está anunciado el primer combate.

Pagué y salimos de *Chez-Pierre*.

Una vez en mi coche, Sylvia me dio la dirección del club *Veintiuno*. Luke Dekker era el dueño del local y siempre estaba allí a aquellas horas.

Cuando llegamos vimos a mucha gente a las mesas y ante el mostrador. Un mozo saludó muy jovialmente a Sylvia y nos acompañó a una mesa cerca de la pista. Pedimos martinis y mientras los servían, Sylvia y yo bailamos una pieza.

Sylvia era realmente una mujer hermosa y el baile es un procedimiento para que uno se pueda informar con seguridad a ese respecto.

Regresamos a la mesa y apenas nos hubimos sentado llegó ante nosotros un hombre de unos treinta y cinco años de edad, rubio, de rostro bien parecido. Poseía una gracia especial para alargar la mano y su sonrisa era muy atractiva.

—Encantado de verla por aquí, señorita Westbury.

—¿Cómo está, Luke?

Sylvia me presentó dando mi nombre, sin añadir nada respecto a mi profesión.

Me levanté y estreché la mano de Luke Dekker.

—¿Qué hacen por aquí? —dijo—. Vengan a mi despacho. Descorcharé una botella de champaña en su honor.

—¿Es que no lo recuerda, Luke? —dijo Sylvia—. Hoy se celebra una velada de boxeo.

—Pasé una mala noche y prefiero quedarme en mi oficina y viéndola por televisión. Si les gusta, pueden acompañarme.

Sylvia me miró y yo hice un movimiento afirmativo, con la cabeza.

Su despacho era tal como esperaba. Confortable y bien decorado. Había un enorme aparato de TV. junto a una pared. Los sillones ya estaban dispuestos frente a la pantalla.

Luke apretó un timbre y apareció un mozo, al cual hizo el pedido de la botella de champaña. El propio Luke movió los botones del televisor y seguidamente en el lienzo apareció un locutor hablando sobre las excelencias de un caldo de gallina.

Luke ofreció cigarrillos a Sylvia y a mí un largo cigarro. Acepté, y mientras lo encendía dirigí una mirada a la muchacha. Ella comprendió en seguida.

—¿Leyó los diarios de la tarde, Luke? —inquirió.

Luke estaba encendiendo el veguero y se interrumpió para mirarla con ojos brillantes.

—Sí. ¿Ocurre algo?

—Quizá usted recuerde a una de mis compañeras de la oficina de Steve Adler.

—¿A quién se refiere?

—Anne Bros, una rubia muy mona.

—Oh, sí, desde luego; una muchacha muy seria aunque de conversación agradable —hizo una pausa—. Pero ¿qué tiene que ver Anne Bros con los diarios de esta tarde?

—En ellos se da cuenta de que ha sido encontrada muerta, en el río.

—¿Muerta? —Se quitó el cigarro de la boca reflejando en su rostro una mueca de perplejidad—. ¿Suicidio?

—No. Asesinato.

Luke Dekker me miró a mí, luego otra vez a Sylvia y finalmente se volvió hacia la mesa y cogió un diario que había sobre una carpeta. Se puso a pasar las páginas leyendo los titulares, hasta que finalmente encontró la noticia. Leyóla para sí, y cuando hubo terminado, arrugó el periódico dejándolo otra vez sobre la mesa.

—Es inaudito. ¿Qué mal podía hacer esa chica a alguien? Me llamó la atención su formalidad.

Yo no quería intervenir en aquel diálogo. Prefería permanecer en mi papel de simple invitado. Si Luke Dekker estaba dando una representación, yo podía jurar que en cualquier instante podía dedicarse a las tablas.

—Pensé que usted y ella… —dijo de pronto Sylvia.

Luke frunció el entrecejo.

—¿Anne Bros y yo…? —Se puso a reír—. ¡Oh, ya comprendo! Quizá ella le dijo a usted algo respecto a mis llamadas telefónicas.

—Sí —se atrevió a decir Sylvia, y le di las gracias en mi fuero interno.

—Es cierto que le hice unas cuantas invitaciones, pero ella nunca aceptó —sonrió otra vez—. Un hombre se cansa de recibir calabazas. Finalmente la dejé en paz.

Se hizo un silencio. El locutor anunció que se iba a establecer conexión con el Madison.

Entonces se abrió la puerta y entraron dos hombres. Luke levantó la mirada.

—Caramba, teniente Hill. Es usted muy caro de ver.

Salió al encuentro de un hombre rechoncho, de unos cuarenta años de edad, de cara ancha, cejas muy espesas y hocico saliente.

Cambiaron un apretón de manos. El hombre que acompañaba a Hill era también grueso, de frente espaciosa y nariz muy chata. Sonrió de oreja a oreja mientras decía:

—Vi al teniente Hill acercarse al mostrador y pensé que te gustaría charlar unas palabras con él.

—Claro que sí —asintió Dekker—. El teniente sabe que siempre es bien recibido en esta casa.

Nos presentó al teniente y al otro hombre, que resultó ser Wrich Sima, del que había oído hablar como un lugarteniente de Luke.

El teniente cambió un saludo con Sylvia y conmigo y luego dijo,

mirando de reojo a Luke:

—No lo crean demasiado. He enviado un par de veces a Luke a la cárcel. Soy el hombre que él más teme y por ello quizá al que más respeta.

Luke soltó una carcajada.

—Usted siempre de tan buen humor, teniente. Pero debe recordar que yo estuve por última vez en la cárcel hace ocho años y que no volveré a ella.

El teniente Hill sacudió la cabeza.

—No esté tan seguro, Luke. Todos nos equivocamos.

—¿Usted también, teniente?

—Alguna vez, pero yo no tropiezo dos veces en la misma piedra.

El primer combate del Madison se iba a iniciar. Luke señaló los sillones.

—Bien, ¿qué les parece si ocupamos nuestras localidades?

Nos sentamos.

Sobre el *ring*, el árbitro estaba aleccionando a los boxeadores.

—¿Qué hora es, Wrich? —preguntó Luke.

—Las ocho y cinco minutos.

—Diablos, estos espectáculos cada vez son menos serios en la hora. Sirve a la señora y a los caballeros champaña, Wrich, ¿quieres?

El lugarteniente aceptó de buena gana y nos llenó las copas.

Los teloneros tenían una ligera idea de lo que era el boxeo. El árbitro tuvo que separarlos continuamente porque se enzarzaban en un cuerpo a cuerpo como chiquillos en una pelea callejera.

El público abucheaba equitativamente a los dos rivales.

Luke no dejó de hacer comentarios acerca de lo que estaba ocurriendo en el cuadrilátero y Wrich se mostraba conforme con casi todo. El teniente, Sylvia y yo guardamos silencio.

Él combate resultó monótono. Terminó y el árbitro lo declaró nulo. El veredicto fue acogido con nuevas protestas del público, que arreciaron cuando los púgiles saludaron para retirarse.

Luego aparecieron por las esquinas dos boxeadores de pesos medios. Eran negros y demostraron poseer una bonita técnica.

El público y nosotros nos divertimos. Duró también los ocho asaltos a que estaba concertada la pelea. Los jueces declararon vencedor honestamente al púgil que más había pegado.

—¿Qué hora es, Wrich? —preguntó Luke de nuevo—. Tendré que colgarme un reloj al cuello. Siempre olvido el mío en el cuarto de baño.

De pronto se oyeron pasos precipitados en el local. La puerta se abrió de golpe y un hombre exclamó:

—¡Jefe, la policía!

Casi seguidamente irrumpieron en la estancia dos hombres vestidos de paisano a los que seguía un enjambre de policías uniformados. Todos nos pusimos en pie a excepción de Sylvia.

El teniente Hill observó a sus colegas.

—¿Qué pasa, teniente Kitchawan?

—Hola —dijo Kitchawan, el cual era un hombre de uno setenta de talla, de cabello rojizo, cara muy alargada y nariz aguileña—. Vengo a llevarme a Luke Dekker y a ese compinche suyo —señaló a Wrich Sima.

Los policías de uniforme se habían colocado estratégicamente alrededor de la habitación junto a las paredes. Uno de ellos había cerrado la puerta.

Del exterior llegaban fuertes murmullos.

Miré a Luke Dekker. No había perdido en absoluto la serenidad. Conservaba el cigarro en la mano y ahora le dio una larga chupada y sonrió.

—Vaya —dijo—. ¿Lo ves, Wrich? Te dije que era mal asunto estacionar junto a una boca de riegos.

—Déjese de historias —repuso Kitchawan—. Usted sabe por qué hemos venido aquí.

—Si no es por el estacionamiento indebido, le juro que no sé nada, teniente. ¿Quiere explicarme?

Kitchawan no se dirigió a Luke Dekker, sino al teniente Hill.

—Este bastardo ha asaltado la agencia Bedford. Se llevaron quinientos mil dólares.

CAPÍTULO V

El teniente Hill apretó los labios y luego se volvió rápidamente hacia Luke.

—Ya me imaginaba yo que aquí había encerrado. Tu forma de saludarme te delató, amigo. Y añora te juro que lo vas a pagar.

Luke hizo una mueca.

—¿Es que usted también va a perder el juicio, teniente Hill? Su colega está cometiendo un error.

Hill se volvió hacia Kitchawan:

—¿Cómo lo hicieron, Lloyd?

—Luke Dekker, Wrich Sima y otros cuatro hombres entraron en la agencia Bedford con la cara cubierta de plástico. Se vistieron como los empleados que llevan el dinero en los camiones acorazados. La operación la habían estudiado larga y concienzudamente. No tuvieron ni un fallo. Sólo pasaron doce minutos desde que entraron hasta que salieron.

—¿Cómo pudieron hacerlo? Dentro había guardianes.

—Muy sencillo. Es posible que alguien les haya ayudado desde dentro. Lo cierto es que cruzaron todas las puertas y por último llegaron al lugar en donde se guardaba el dinero. Ataron a los ocho empleados de piernas y brazos y los silenciaron pegándoles en la boca cinta adhesiva. Luke había pensado en todo. Llevaban consigo seis bolsas para cargar el dinero. Hasta eso tuvieron en cuenta. Las bolsas son de las que comúnmente se utilizan en el comercio para transportar toda clase de mercancía. Un sedán negro los estaba esperando a la salida, en el callejón de South Wilton. Desaparecieron sin dejar rastro.

—¿Cómo sabes que dos de los hombres eran Luke Dekker y Wrich Sima?

—Lo comprenderás en seguida. Hace cosa de seis meses, estos pájaros compraron en sociedad una estación de gasolina situada a unas cien yardas de la agencia Bedford. El negocio les fue traspasado por cuatro centavos, ya que era una ruina, y siguió siendo un negocio ruinoso a pesar de Dekker y de Sima. Encontré algo sospechoso desde el principio y me puse a vigilarlos de cerca. Utilicé un par de hombres para ello. Los hemos visto observando una y otra vez la agencia de pagos, a los coches acorazados que salían cargados con el dinero, a los hombres que hacían los servicios de vigilancia, y un buen día, hace casi tres semanas, yo mismo vi a Sima arriba, en una ventana de la estación, manejando un telémetro. Naturalmente, por motivos del servicio no he podido mantener una vigilancia permanente, pero con todo lo dicho sobra. Ellos han sido quienes han planeado el robo y lo han ejecutado. —Se volvió hacia Luke—. Estás atrapado, tipo vivo. Y por si te sirve de algo, será mejor que cantes cuanto antes dónde tienes el botín. Según dicen, eso rebaja la pena.

Luke se puso a reír. Lo hizo suave y luego cada vez más aprisa, soltando uña carcajada tras otra.

El teniente Hill fue hacia él y le pegó con el dorso de la mano en la mejilla.

Sonó un chasquido y Luke se estrelló contra el brazo de un sillón y se vino al suelo.

Wrich Sima hizo un gesto para abalanzarse sobre Hill, pero Kitchawan le apuntó con su pistola.

—Quieto, Wrich, si no quieres ganarte algo peor que un encierro.

Luke se incorporó pasándose el dorso de la mano por la mejilla. Su cigarro estaba sobre la alfombra. Agachóse despacio y lo cogió otra vez entre sus dedos.

—Usted ha hablado de la forma en que se cometió ese robo, teniente Kitchawan —dijo mirando a éste—, pero le ha faltado un detalle.

—¿El qué?

—¿A qué hora se cometió ese asalto?

—Justamente entre las ocho y las ocho y doce minutos.

Sobrevino un sepulcral silencio. El teniente Hill se volvió hacia su compañero.

—Repítelo, Lloyd.

—Entre las ocho y las ocho y doce.

—¿Estás seguro?

—No hay duda. A las ocho y trece, uno de los empleados logró desatarse y tocó el timbre de alarma. Todos los empleados han coincidido en la hora. A las ocho menos cinco minutos llegó un camión que había sido reparado anteayer.

Hill sacudió la cabeza.

—No puede ser, Lloyd.

—Te digo que sí. —Kitchawan se interrumpió—. ¿Qué quieres decir, Michel?

—Yo entré en esta habitación en compañía de Wrich Sima, ~y aquí encontré a Luke con sus dos amigos. No me he apartado de ellos ni un solo instante, y llegué a las ocho y un minuto.

—¡No lo creeré! —exclamó Kitchawan, y al pronto se dio cuenta de lo que estaba diciendo—. Perdona, chico.

Luke se pasó la mano por el alborotado cabello.

—¿Una copa de champaña, teniente Kitchawan?

—Váyase al infierno —le replicó el policía.

—Vamos, teniente —rió el *gángster*—. Siempre me dijeron que la policía estaba orgullosa de su espíritu deportivo.

Ahora fue Kitchawan quien hizo ademán de lanzarse sobre Luke, pero Hill lo cogió rápidamente de un brazo.

—No adelantarás nada, Lloyd.

Kitchawan meneó la cabeza repetidamente y volvióse hacia nosotros.

—¿Quiénes son?

Fui yo quien habló, porque llevaba demasiado tiempo callado:

—La señorita es Sylvia Westbury, empleada del abogado Steve Adler.

—Ya —dijo Kitchawan—. Su defensor.

—Sí —asintió Luke—. Justamente el abogado que se va a encargar de exigirle a usted responsabilidad. ¿Qué cree que van a pensar mis clientes? Usted ha allanado mi casa sin mandamiento.

—¡Cierre la boca, Luke! —exclamó Kitchawan, fuera de sí.

Hill intervino nuevamente dirigiéndose al *gángster*:

—Será mejor que aceptes el consejo del teniente Kitchawan, y si yo estuviese en tu lugar, dejaría el agua correr.

Luke soltó una risita.
Lloyd Kitchawan se volvió hacia mí.
—¿Y usted?
—Danny Merrill, detective privado —saqué mi credencial y se la alargué.
Mientras me la devolvía declaró:
—Al parecer, usted es muy amigo de Luke.
—No, teniente. Lo conocí esta noche.
—¿Le citó él?
—No. Vine por mi propia cuerda, acompañando a la señorita Westbury.
Kitchawan hizo un gesto de conformidad y se volvió hacia Luke.
—Muy bien, Dekker. No me lo puedo llevar detenido, pero esto sólo va a ser el comienzo.
—Vuelva cuando quiera, teniente. Usted ya sabe que aquí siempre le estará esperando una copa de champaña.
Kitchawan apretó los labios con fuerza y se dirigió a Hill.
—¿Vienes, Michel? Creo que el comisionado llamará a todas las fuerzas disponibles.
—Sí, Lloyd.
Los policías de uniforme empezaron a retirarse. Kitchawan y Hill quedaron los últimos. Fue Hill quien se volvió desde la puerta.
—Otro consejo, Luke.
—¿Sí? —murmuró el *gángster*.
—Tanto da que hayas sido tú como cómplices tuyos. Si has cometido este delito, te juro que te sentaré en el banquillo.
—Hasta la vista, teniente —sonrió Dekker y de pronto se llevó la mano al lugar donde Hill le había golpeado—. No soy rencoroso, ¿sabe?, pero no me gusta que me peguen. Recuérdelo para la próxima ocasión. Es un consejo que yo también le doy.
La puerta se cerró tras Hill.
Hubo un rato de silencio. El espectáculo del Madison había continuado, pero nadie había prestado atención a la pantalla del televisor. Ni ahora tampoco.
Luke giró hacia mí mirándome con sus ojos verdosos muy brillantes.
—¿De modo que también es polizonte?
—No me interesan los asaltos, Luke —dije.

—¿Qué es lo que le interesa a usted?

—Los asesinatos.

—Ya. Usted vino por lo de Anne Bros.

—Sí.

Se volvió hacia Sylvia.

—Y supongo que nuestra deliciosa señorita Westbury fue quien se brindó para proporcionarle mi interrogatorio.

—No se lo tome en cuenta —dije—. La engañé también a ella.

Luke sonrió otra vez.

—Al parecer soy todo un personaje. Muere asesinada una mujer y hay quien piensa que yo soy el criminal; se comete un asalto en la ciudad y hay quien está dispuesto a dejarse cortar una mano asegurando que yo soy el organizador del robo. Por ese camino, dentro de muy poco no habrá un tipo más popular que yo en todo el país —me miró fijo, borrando la sonrisa de los labios—. A usted también le voy a dar un consejo, Merrill. No meta las narices en mis asuntos.

—¿Es asunto suyo lo de Anne Bros?

Vi cómo la venilla de su sien se empezaba a hinchar.

Wrich Sima dio dos pasos hacia mí y se quedó muy cerca. Demasiado. Luke contestó:

—Ya le dije que no tuve nada que ver con Anne Bros, Merrill.

—Lo celebraré por usted —me volví hacia la joven—. ¿Vienes, Sylvia? Creo que se nos aguó la velada.

Sylvia hizo un gesto afirmativo.

—Gracias por todas sus amabilidades, señor Dekker.

Luke la miró gélidamente.

—Espero que se haya divertido, señorita Westbury.

—Sí, creo que sí —dijo ella, y caminó conmigo hacia la puerta.

Salimos a la calle y entonces Sylvia dio un suspiro de alivio.

Señalé el coche y Sylvia dijo:

—¿Te importaría que caminásemos un rato?

Nos pusimos a pasear. De vez en cuando las sirenas policíacas aullaban en el aire. Se formaban corrillos en las aceras y oíamos comentarios que se referían al asalto de la agencia Bedford. El público, dejado llevar por su fantasía, había hecho elevar el montante del botín a un millón de dólares.

—Muy bien —dijo Sylvia, interrumpiendo nuestro silencio—.

¿Qué conclusiones has sacado respecto a Anne Bros y al robo? Dijiste que sólo te interesaba el crimen.

—Me parece que ese hombre miente.

—¿Crees que él y Anne tuvieron algo que ver?

—Juraría que sí. Luke es un tipo astuto, pero quizá no lo sea tanto como él cree… ¿A qué otro personaje de su banda conoces?

—Solamente a los hombres que vienen con él de vez en cuando por la oficina, pero ni siquiera sé cómo se llaman.

—¿Cuántos son?

—Dos.

—¿Puedes describirlos?

—Desde luego. Uno es de estatura regular, muy fuerte, de cara ancha, casi no tiene pelos en la cabeza. El otro es mucho más alto y tiene las piernas y los brazos muy largos; su marca más característica es una cicatriz que tiene debajo de la oreja derecha —hizo una pausa mirándome—. ¿Por qué preguntas por ellos?

—He pensado que si Luke se hace acompañar al despacho de Adler es porque son hombres de su confianza. Si Luke mandó asesinar a Anne Bros, lógicamente debió encargar el trabajo a los tipos que le fueron más adictos.

—Comprendo.

Seguimos andando un rato sin decir nada hasta que llegamos a una parada de taxis.

—Siento que no hayas sacado nada en claro —dijo deteniéndose.

—No te preocupes —le sonreí—. La noche valió la pena… mientras estuvimos en *Chez-Pierre.*

Me tendió la mano.

—Gracias, Danny. A partir de ahora, tendré una nueva opinión acerca de los detectives privados.

—¿No quieres que te acompañe a tu casa?

—Es tarde y supongo que querrás trabajar.

—Quizá te llame mañana, ¿puedo?

Me miró con sus maravillosos ojos.

—Sí, Danny; lo desearé.

Esperé en la acera hasta que el taxi se hubo perdido a lo lejos. Entonces regrese andando hasta el lugar cercano al club *Veintiuno* donde había dejado estacionado mi «Ford».

De pronto vi a Wrich Sima salir del local moviendo las piernas

muy aprisa. Me acurruqué junto al volante y esperé.

Sima subió a un coche negro a cuyo volante le esperaba un hombre.

Dejé que me cobrasen delantera y fui tras ellos. Subimos por Broadway siguiendo la orilla izquierda del Hudson hacia Yonkers. La policía nos detuvo a la altura del puente de George Washington, y luego otra vez en el puente Henry Hudson. Los agentes alumbraban con linternas el interior de los coches y pedían las llaves del portaequipajes. Después de comprobar que todo estaba en orden concedían el salvoconducto. El asalto a la agencia Bedford había puesto en marcha la gigantesca organización policíaca de la ciudad.

El coche tripulado por Wrich Sima y el otro pasajero siguió hacia el norte y justamente al norte se hallaba Trevor Park y un poco más arriba Greystone, dos lugares asociados al asesinato de Auné Bros. Pero luego el coche que yo seguía dobló por Ashburton hacia Monte Vernon.

Era noche cerrada. De pronto, un coche me pasó por la derecha sin previo aviso y el del volante hizo girar éste contra mí.

Aguanté firme escuchando los crujidos que soltaban los dos chasis cuando rozaron.

Desvié la mirada hacia la derecha. Por la ventanilla vi asomar algo brillante. Instintivamente me hundí en el asiento al tiempo que hacía girar el volante hacia la izquierda.

Sonó un tableteo y el cristal del parabrisas saltó y las balas hundiéronse en el encolchado soltando siniestros gemidos.

Luego el coche saltó de la carretera y empezó a botar alocadamente emitiendo chirridos. Mis huesos crujieron. Apliqué el pie al pedal del freno y por fin logré detener el «Ford».

Rápidamente eché mano a la pistola y esperé quieto, pero ahora ya nadie vino a turbar el silencio de la noche.

Saqué del tablero de instrumentos una botella de *whisky* y bebí un trago. Finalmente salté del coche y examiné el terreno al que había ido a parar. Entonces me ardió la sangre en las venas al ver que las ruedas delanteras estaban al borde de una hondonada. Un palmo más y me hubiese ido al infierno con el coche dando vueltas de campana.

CAPÍTULO VI

No me fue muy difícil maniobrar con el volante hasta volver a la carretera.

En el camino de regreso observé bien por el espejo retrovisor por si era seguido. En un par de ocasiones creí ver detrás a un coche sospechoso, pero mis temores se desvanecieron.

Llegué a la ciudad con el convencimiento de que no debía regresar a mi departamento.

Me alojé en un hotel donde lo he hecho varias veces y una vez me encontré en la habitación, llamé a la oficina de Frank. Se puso el detective de servicio nocturno, un tal Alfred Leigh, al que ya conocía. Me dijo que Frank se había ido a su casa preocupado porque una de sus chicas tenía fiebre muy alta.

Le di las gracias y marqué el número de la casa de Frank.

Se puso él en seguida.

—¿Qué es lo de la niña? —le pregunté.

—Nada de importancia, un simple enfriamiento. Pero es lo que ocurre siempre con los chiquillos; les sube la temperatura hasta los cuarenta grados con una facilidad pasmosa.

—Mi temperatura también ha aumentado últimamente.

—¿Y eso?

—Han intentado liquidarme.

Soltó una risita.

—Oye, Danny, acepta el consejo de un amigo. Retírate.

—No.

—El asunto es un hueso.

—Lo roeré.

—Hay otros en los que te puedes ocupar, Danny, por ejemplo el del asalto a la agencia Bedford. ¿Estás enterado?

—Casualmente me encontraba con el primer sospechoso de ese robo cuando llegó por él la policía. Es Luke Dekker.

Emitió un silbido.

—Dekker, ¿eh? Menuda pieza —de pronto se interrumpió—. Oye, ¿qué hacías tú con Luke Dekker?

—Jugábamos una partida de ajedrez.

—Que me emplumen si no son los muchachos de Luke Dekker quienes han intentado meterte en un ataúd.

—Es posible.

—Oye, Danny, yo soy tu amigo, ¿lo recuerdas? Quedamos en que éramos como hermanos.

—¿Dije eso?

Sentí cómo se aclaraba la garganta.

—Atiende, Danny. ¿Sabes ya lo de la recompensa?

—¿Qué recompensa?

—La agencia Bedford ofrece veinticinco mil dólares a quien capture a los salteadores, vivos o muertos. Muertos preferentemente.

—Es un buen pellizco.

—Aún no he terminado. La compañía aseguradora es una filial del Lloyd’s de Londres y se ha comprometido a pagar un cinco por cien del botín que se recupere.

La cifra oficial de lo robado asciende a quinientos mil dólares… ¿Te das cuenta, Danny? Hay un total de cincuenta mil morlacos de recompensa.

—Despierta, Frank.

—Escucha, muchacho; en cuanto se dio a la publicidad esa lluvia de dólares, mis chicos me abandonaron. Para ser exacto sólo me han quedado dos. Todos se han lanzado por su cuenta a investigar el asalto a la agencia Bedford. He llamado a un par de colegas y a todos les ha ocurrido igual. Pero eso no es nada. Miles de ciudadanos se han convertido en detectives. Todos creen haber obtenido una pista que conduce a la captura de los salteadores o a la recuperación del botín.

—Oye, Frank; no te he llamado para que me hables del asalto, a la agencia Bedford. Quiero noticias de mi asunto particular.

—¡Vete al diablo! ¿Quién puede pensar en eso ahora?

—Yo.

—¿No te lo he dicho? Los chicos me han dejado solo.

—Pero supongo que antes de retirarse te habrán pasado los informes.

—Estaban demasiado nerviosos para dármelos, si es que han logrado alguna cosa. La mayoría de ellos se despidieron por teléfono.

—Muy bien, Frank. Espero que se mejore la chica.

—¡Eh, oye, no cuelgues todavía! Hemos de ir a medias en lo de la agencia Bedford. Es el asunto más magro que hayamos podido tocar en nuestra vida. ¿Me escuchas, Danny? Somos como hermanos.

Colgué sin darle una nueva respuesta.

Tendime en la cama y encendí un cigarrillo. Las ideas huyeron de mi mente y no sé cuándo me quedé dormido.

Al día siguiente abandoné el hotel muy temprano. En la calle voceaban las ediciones especiales de los periódicos. Letras gruesas, negras, impresionantes, anunciaban el robo del siglo en Nueva York. Ninguna pandilla había logrado llevarse tanto dinero en un solo golpe.

Mientras desayunaba leía la descripción minuciosa del asalto. En resumen, venían a decir lo que yo sabía por boca del teniente Kitchawan. Miles de policías habían examinado palmo a palmo los terrenos circundantes al lugar en que se ubicaba la agencia Bedford, ya que por el tiempo transcurrido desde que los salteadores emprendieron la huida y el momento en que sonó la alarma y adoptáronse las primeras precauciones, los fulanos no podrían haber ido más lejos de cinco millas. Uno de los lugares a los que la policía había dedicado especial atención para su examen era la estación de gasolina perteneciente a Luke Dekker y a Wrich Sima, pero todos los esfuerzos habían resultado infructuosos. Luke Dekker y Wrich Sima habían establecido una coartada a prueba de bomba.

Busqué alguna noticia acerca del asesinato de Anne Bros, pero el caso no había merecido ni una sola línea.

Doblé el diario y lo guardé en el bolsillo.

Fui al garaje a recoger mi coche y después de llenar el depósito de gasolina me puse en camino de Greystone.

El hotel *Estrella Marina* era un edificio de ladrillos que había sido construido veinte años atrás. Bastaba echar una ojeada para llegar a la conclusión de que se trataba de un refugio para desesperados de la fortuna.

Empujé una puerta produciendo un campanilleo. Una mujer rubia estaba tras un registro. Había cumplido los cuarenta años de edad y sus ojos estaban negros de tanta pintura. Leía un periódico comiéndose la uña del dedo pulgar.

—Buenos días —saludé.

La rubia emitió un gruñido ininteligible y sin apartar la mirada de la página me señaló el libro de registro.

Decidí esperar y al cabo de un rato la rubia levantó la mirada y empezó a soltar un ex abrupto, pero al instante se interrumpió.

—Oh, perdone, creía que era un cliente.

—¿Es usted Mamaronek?

Se arregló un bucle del cabello que le caía delante de un ojo y me observó con una sonrisa enseñándome dos dientes de oro.

—Sí, yo soy. ¿En qué puedo serle útil?

—Quiero que me informe acerca de una chica pelirroja que tuvo usted como huésped hace cuestión de tres días.

Enarcó una ceja e hizo desaparecer la sonrisa.

—Oiga —repuso—, ¿es que van a estar viniendo aquí siempre por lo mismo? Ya dije lo que sabía a otro polizonte.

—Era un empleado mío —saqué dos billetes de a cinco dólares y los puse delante de ella, en el mostrador—. Quizá a usted se le olvidó algo.

Miró los billetes y se mojó el labio inferior con la lengua.

Agregué otros cinco dólares.

—No quiero complicaciones —murmuró con voz temblorosa.

—No las tendrá conmigo, Mamaronek. Soy hombre que sé guardar un secreto.

Todavía vaciló unos instantes, pero finalmente echó mano a los billetes y los hizo desaparecer por el escote, entre sus grandes senos. El bucle había regresado junto al ojo.

—Vino un hombre —murmuró.

—¿Quién?

—No dijo cómo se llamaba, ni yo se lo pregunté.

—¿Estaba la chica aquí?

—Sí.
—¿Qué quería?
—Me preguntó por la muchacha y me hizo una descripción. Le dije que estaba arriba y luego se marchó. Oiga, usted no es de la policía, ¿verdad?
—No, no lo soy; descuide.
—No quiero jaleos en mi casa. Tiene fama de decente.
—¿No regresó ese hombre?
—No; el tipo se presentó un par de horas antes de que la muchacha abandonase el hotel.
—Hágame una descripción de ese hombre.
—Bueno —se rascó un brazo—. Podría tener unos treinta y cinco años de edad y era muy alto, fornido. Su cara era vulgar, ya casi no la recuerdo… Compréndalo, no imaginaba que fuese a tener tanta importancia, pero le puedo asegurar que era tan alto como usted y casi lo mismo de fuerte.
—¿Algún detalle particular?
Se puso un dedo en la barbilla, pensativa.
—Oh, ahora lo recuerdo.
—¿El qué?
—Tenía una especie de cicatriz… Sí, estoy segura, debajo de la oreja derecha.
—¿Es eso todo?
—Sí, no recuerdo nada más.
—Gracias, Mamaronek.
Di media vuelta y salí fuera.
Camine hacia mi coche e iba a abrir la portezuela cuando oí una voz a mis espaldas.
—¿Tiene lumbre, *mister*?
Al volverme vi cerca del guardabarros trasero a un tipo de barba crecida y aspecto de mendigo.
—Sí, claro que sí —dije y saqué la caja de fósforos adelantándome para alagársela.
Se cambió de mía comisura a otra el cigarrillo y encendió.
Fue a alargarme los fósforos y dije:
—Quédeselos, yo compraré otra caja.
No esperé a que me diese las gracias y, giré para entrar en el coche, pero me quedé quieto, porque junto al motor había otro

hombre. Era un tipo calcado del anterior. Me miraba con ojos muy brillantes, mostrando sus mellas por la boca abierta.

—¿Va a la ciudad, *mister*? —me preguntó el segundo tipo.

—Sí —dije.

—A mi amigo y a mí nos gustaría ir. Hemos de resolver un par de asuntos.

En otra ocasión me hubiese ofrecido a llevarles, pero ahora no me podía fiar de nadie.

—Lo siento —dije—. Me he de quedar a mitad de camino para ver a un amigo enfermo —sonreí—. Pero apuesto a que no tarda en pasar un coche que consienta en llevarles.

Fui a abrir la portezuela y en eso el tipo mellado adelantó la pierna para impedírmelo.

Cuando lo miré a la cara vi algo en sus ojos que no me gustó.

—Tengo prisa —dije—. Aparte el remo.

Oí un ruido a mi espalda e instintivamente me eché sobre la carrocería. El primer fulano se me echaba encima esgrimiendo un cuchillo con la diestra. Logré cazarle la muñeca antes de que me clavase la aguda punta y seguidamente le asesté un golpe en el cuello con el filo de la zurda.

De pronto su rostro se puso cárdeno y empezó a desplomarse lanzando un extraño quejido. Su compañero entró en acción en seguida. Metió la mano en el bolsillo de la americana y exhibió un cuchillo más largo que el primero. Ahora me pilló preparado y antes de que pudiese iniciar su embestida, le pegué un puntapié en el bajo vientre.

Soltó el cuchillo, cayó de rodillas y se puso a vomitar en el suelo.

Me acerqué al primer tipo, que se cogía el cuello con las manos, intentando respirar.

—¿Quién os envió? —le dije, pellizcándole, la barriga.

—No lo conocemos. Lo juro que no lo habíamos visto nunca.

Le metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saqué un fajo de billetes. Conté. Allí había veinticinco dólares. Los volví a dejar en su sitio y me volví a su compañero, el cual después de vaciar el estómago estaba pálido como un cadáver. Le registré sus bolsillos y encontré otros veinticinco dólares. Se los reintegré.

—¿Quién ha sido? —pregunté, cogiéndole del pescuezo.

Me miró con ojos asustados.

—*Skippy* tiene razón. Nosotros estábamos tranquilamente en la orilla y llegó un fulano. Nos ofreció veinticinco dólares a cada uno por pincharle. Nos señaló desde lejos su coche y dijo que le esperásemos porque usted estaba dentro del hotel.

—¿Cómo era?

—Bajo, regordete, de nariz chata.

—¿Adónde se fue?

—Vino en un coche, y en cuanto nos dio el encargo se marchó. Nos dijo que si no cumplíamos nos buscaría en el mismo infierno.

Los dos eran basura y no quise ensuciarme con ellos. Después de todo, ahora iban a pasar lo suyo. No habían cumplido la misión que les había sido confiada.

Toda la escena había sucedido a plena luz del día, pero eso lo recordé ahora y miré en mi derredor. Vi a otros, hombres muy semejantes a *Skippy* y su compañero, pero ellos estaban quietos, con las manos en el bolsillo, contemplando la escena sin demostrar el menor interés por mediar en la pelea.

Me metí en el coche e inicié el camino de regreso a la ciudad.

Entré en una cabina telefónica y marqué el número de Steve Adler. Se puso alguien que no era Sylvia y pregunté por ella. Me dijeron que en aquel momento se encontraba con el jefe.

Colgué y bebí un par de *whiskies* mientras dejaba correr el tiempo. Luego volví a llamar.

—Hola, Danny —me saludó Sylvia esta vez—. Ya me dijeron que preguntaste por mí.

—Quisiera hablar contigo. ¿Puede ser?

—¿Dónde estás?

—A unos cinco minutos de ahí.

—Justamente me disponía a salir para almorzar.

Le dije el lugar donde me encontraba y unos diez minutos más tarde se reunía conmigo. Se cubría con un jersey blanco y una falda negra. Estaba resplandeciente.

—¿Qué ha descubierto hoy el gran detective? —preguntó con una sonrisa.

—Muchas cosas.

—Pero supongo que, si me has llamado, necesitas mi ayuda.

Le hice un gesto afirmativo. Llegó el mozo y le hicimos el

pedido. No volvimos a hablar hasta que nos encontramos ante sendas tazas de café.

—¿Y bien, Danny? —preguntó.

—Quisiera conocer todos los refugios de Luke Dekker, además del club *Veintiuno* y esa estación de servicio cercana a la agencia Bedford.

—¿Es que te vas a meter con él, Danny?

—Me temo que no tendré más remedio.

Hubo un silencio. Luego dijo:

—Esta mañana llamó dos veces al señor Adler.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando?

—La primera vez unos cinco minutos, pero la segunda conferencia fue más larga, quizá fuese un cuarto de hora.

Sacudí la cabeza.

—Me gustaría saber de qué hablaron.

—No te puedo informar a ese respecto —hizo una pausa—. Pero sí te puedo mencionar unos cuantos sitios donde Luke puede estar en cualquier momento. Habitualmente reside en el edificio Northvale, apartamento doscientos uno. Novena Avenida.

—¿Adónde iría si se le ocurriese salir de Nueva York?

—Tiene una cabaña en el lago Woodcliff.

—¿Algún otro lugar?

—Yo sólo conozco ése.

—¿No has oído hablar nunca de que se deja caer por Greystone?

Quedóse pensativa un rato y luego dijo:

—No, no recuerdo.

Hice señal al mozo y le pagué la cuenta. Sylvia me cogió la mano y la apretó suavemente. Sentí que mi sangre se alteraba.

—Oye, Danny, creo que te has metido en un juego peligroso.

—Supongo que es así, pero voy a seguir adelante.

Me despedí de ella y fui con mi coche al lugar en donde se ubicaba la agencia Bedford. Había muchos policías vigilando alrededor del edificio y esto me hizo sonreír. ¿Habría algún maleante que se atreviese a repetir el golpe ahora?

La estación de servicio de Luke y Sima se alzaba sobre una pequeña colina desde la que se dominaba gran parte del edificio Bedford. El negocio parecía marchar normalmente, aunque vi por los alrededores un par de individuos que debían ser policías.

Estacioné el coche cerca de un poste y un hombre se me quedó mirando por el parabrisas. Salté fuera y dije:

—¿Quiere ver lo que le pasa a los frenos?

Hizo un gesto afirmativo mientras se limpiaba las manos con un trozo de borra. El sol caía de plano y me refugié debajo de la techumbre, mirando al interior. Allí había dos camiones y un par de coches a la derecha. Algunos hombres trajinaban de un lado a otro. Todo normal. Correcto.

Vi al tipo a quien había dejado junto a mi coche. Al parecer estaba absorto en examinar los frenos.

Entrando a la derecha había una oficina. Dentro no vi a nadie. A través del cristal de enfrente descubrí una escalera que ascendía al piso superior.

Salí fuera y di la vuelta al edificio para examinar la parte de atrás. Observé una gran puerta de madera. Tenía el candado echado. Luego solamente me encontré con el muro y regresé al punto de partida.

El tipo me estaba esperando.

—¿Dónde se metió? —dijo.

—Fui a estirar las piernas.

Me miró con el ceño fruncido. Era muy alto y fuerte.

—Su coche no tiene nada, míster.

—Bueno, más vale así. ¿Qué le debo?

—Nada.

Le sonreí.

—Si hace lo mismo con todos se verá pidiendo limosna.

Encogióse de hombros sin decir nada. Carraspeé preguntando:

—¿Tienen un lugar para dejar el coche?

—¿No tiene ojos en la cara? Dentro está el garaje. Hay mucho espacio libre.

—Preferiría un sitio de donde yo tuviese la llave. Ya sabe, un compartimiento para mí solo.

—No lo hay.

—Quizá usted sea nuevo aquí. Atrás vi una gran puerta.

Me observó con más atención.

—Es el lugar donde el patrón guarda su coche.

Saqué el paquete de cigarrillos y le invité a fumar, pero él negó con la cabeza. Encendí y expulsé el humo. Luego me puse a andar y

abrí la portezuela del coche. Antes de cerrar me despedí.

—Hasta la vista, amigo, y gracias por su trabajo.

Vi por el espejo retrovisor que se me quedaba mirando.

Veinte minutos más tarde me detenía muy cerca del edificio Northvale.

Subí a la decimocuarta planta y cuando salí al corredor vi unos cuantos hombres que portaban maletas. Todos ellos tenían trazas de matones.

Al fondo del corredor había una puerta abierta y era de allí de donde salían cargados los tipos. Fui hacia allá y estuve a punto de tropezar con uno. Cuando él quedó fuera de foco vi en un saloncito a Wrich Sima dando órdenes.

Pasé dentro sin anunciarme y un par de tipos me observaron, pero no me concedieron la menor importancia, creyéndome de la casa.

—Hola, Wrich —dije.

Sima volvió rápidamente la cabeza y al verme allí movió la cabeza como si oliese a podrido.

—¿Qué hace usted aquí?

—Vine a hablar con Luke.

—Muy bien. Ya lo verá en la próxima ocasión. Cuando regrese.

—No sabía que fuese a emprender un viaje.

—Sólo se va por una temperada corta. Seguro que usted puede esperar.

Me senté en un sillón y crucé las piernas.

Wrich me miró con el ceño fruncido.

—No moleste, polizonte —dijo con voz ronca.

Un hombre que entraba se quedó muy quieto mirándome. Tenía cara de bestia y poseía unas manos muy fuertes. Wrich Sima miró también al recién llegado y dijo:

—Invítale a salir a la calle, Dumont.

—Con mucho gusto —dijo Dumont, y se vino hacia mí.

Saqué la pistola y apunté a la tripa del gorila, el cual se detuvo en seco.

Wrich Sima apretó con fuerza los dientes.

—Maldito sea, Merrill. No meta la pezuña en esto.

Se abrió una puerta y apareció Luke envuelto en un batín de los caros. Se acababa de lavar la cabeza y frotábase enérgicamente el

cabello con una toalla.

Al verme con la pistola en la mano, sus ojos brillaron mucho. Luego se echó a reír.

—Las pistolas «Banker» siempre me han gustado —comentó—. Tuve una que fue mi favorita, pero un buen día, peleando con un bastardo, me la quitó y la arrojó al río. Desde entonces he deseado tener otra. Se la compro, Danny.

—No está en venta.

—Todavía no ha oído mi precio. Le voy a dar cinco mil dólares por ella.

—Por ese dinero puede usted hacer un pedido de armas a Checoslovaquia. Dicen que allí fabrican las mejores.

—Me interesa su «Banker», Danny —sonrió otra vez—. Y yo estoy siempre dispuesto a pagar lo que sea por satisfacer mi capricho.

—Ya le he dicho que no he venido aquí a vender nada, Luke.

Empezó a frotarse otra vez el cabello, ahora un poco; más suavemente.

—Muy bien —dijo—. ¿A qué ha venido, pues?

—Deje de mandar muchachos contra mí.

—No le comprendo.

—Sabe bien de qué le hablo. Me rociaron con plomo la noche pasada. Y esta misma mañana, uno de sus monos estúpidos contrató un par de palurdos para que me acuchillasen.

Luke volvió la cabeza hacia su socio.

—¿Sabes tú algo de eso, Wrich?

—Nada. Ni una palabra.

Luke me miró otra vez.

—¿Lo oye, Danny? Usted debe haberse equivocado. ¿No lo está viendo? Soy un ciudadano pacífico. La policía me ha molestado ya bastante con esa historia del asalto a la agencia Bedford. Me voy a tomar unas vacaciones. ¿Cómo quiere que yo me arriesgue a estropeármelas organizando un tiro al blanco contra usted?

Me puse en pie.

—¿Adónde va, Luke?

—A Las Vegas. Oiga, se me ocurre una idea. ¿Por qué no viene usted conmigo?

—Tengo aquí mi trabajo.

—No se tiene que preocupar por eso. Yo le pagaré por los días que pierda. Usted es un tipo de conversación agradable y con un gran trozo de cultura. Seguro que lo pasamos en grande.

—No, gracias.

—Sé que le gusta el juego, Danny. Allí podrá hartarse.

—Sabe muchas cosas de mí, ¿eh, Luke?

—Las suficientes —dijo muy serio.

—Le falta conocer una, Luke.

—¿Sí?

—Cuando me decido atrapar a un asesino, le echo mano por encima de todo y no hay nadie que me detenga. Ni siquiera una pandilla de gentuza.

Vi cómo su rostro se ponía lívido.

De pronto Dumont saltó sobre mí, pero yo estaba viéndole por el rabillo del ojo y cuando estaba a punto de alcanzarme le asesté un golpe con el cañón del revólver entre la oreja y el cuello.

El fulano se derrumbó soltando un gemido.

Dos tipos entraron por la puerta y empezaron a correr la mano bajo las axilas, pero yo les apunté con la pistola y se quedaron quietos.

Luke y Wrich Sima ni siquiera pestañeaban, pero sus ojos parecían ahora trozos de vidrio opaco. Leí en sus cerebros como en un libro abierto. Yo era el hombre que les estorbaba, el tipo a quien ellos tenían que liquidar en el menor plazo posible.

Eché a andar hacia la puerta e hice una señal con la pistola a los dos tipos que me interrumpían el paso. Ambos penetraron en el saloncito dejando el hueco libre.

—Bien —dije—. Ya me voy.

—Márchese lejos —dijo Luke con voz ronca—. Todo lo lejos que pueda, Danny. Por ejemplo, al Japón.

—Me quedaré aquí hasta que lleve al asadero al tipo que mató a Anne Bros. Y recuérdelo, Luke; no vacilaré en perforar los intestinos a cuantos traten de obstaculizar mi camino.

Luke tenía la boca desfigurada por una mueca y yo sabía por qué. Nunca antes de ahora se las habían cantado tan claras. Sima y los otros dos tipos que estaban en pie me miraban asombrados. Ellos tampoco habían oído que nadie se dirigiese a su patrón en la forma que yo lo había hecho.

Dumont estaba en el suelo moviéndose entre gemidos cortos. Luke le pegó un puntapié en el hígado mientras gritaba:

—¡Maldito seas! ¡Cállate ya!

Era así como desahogaba su odio contra mí. Le escupí una sonrisa y salí fuera cerrando tras de mí.

CAPÍTULO VII

Nadie intentó seguirme y poco después me encontraba al volante de mi coche.

Una cabeza apareció por la ventanilla de la derecha. Era el teniente Kitchawan.

—¿Cómo le va, Merrill? —me saludó sin sonreír.

—Perfectamente —dije.

Abrió la portezuela y se coló dentro, sentándose a mi lado.

Eché la mirada atrás y por los cristales de la portezuela posterior vi a dos tipos de paisano.

Kitchawan sacó un cigarrillo y lo encendió. Mientras arrojaba el humo, dijo:

—No sabía que tuviese negocios en común con Luke Dekker.

—¿Y los tengo?

Soltó una risita mirándome muy fijo a los ojos.

—¿Dónde guardan el dinero, Merrill?

Meneé la cabeza.

—Usted se equivoca, Kitchawan.

—Yo le diré cómo han ocurrido las cosas, Merrill. Luke Dekker pensó que en la agencia Bedford encontraría un buen asado. Sólo le faltaba afilar un poco el cuchillo y el tenedor para servirlo a su mesa. Compró ese negocio ruinoso de la estación de gasolina y se puso a estudiar todo lo referente a la agencia Bedford punto por punto, detalle por detalle, pulgada a pulgada.

—Ajá —murmuré.

—Naturalmente, él no podría pegar el golpe. Sería el primer sospechoso. Lo que hizo fue traer gente de fuera. Ya sabe, gente especializada. Un conductor de Detroit, un tipo que manejase bien la ametralladora, de Chicago… En fin, gente con experiencia. Nada

de novatos. Éste iba a ser un golpe de medio millón y Luke no podía dejar nada al aire.

—No está mal.

—Luke no iba a intervenir directamente en el golpe. Sus muchachos lo harían por él, pero, naturalmente, necesitaba una coartada. —Kitchawan sonrió—. No una coartada vulgar y corriente, ya me entiende; una partida de póquer con sus muchachos o una «entente» en un reservado con una rubia o una pelirroja… No, eso estaba muy visto. Todo en este trabajo debía ser especial.

—Todo —asentí.

—¿Qué mejores testigos para él que la secretaria de un famoso abogado criminalista, un detective privado que ha actuado repetidamente en favor de la justicia y un teniente de policía con una intachable hoja de servicios?

Tenía muchas cosas que decir, pero guardé silencio.

Kitchawan soltó una risita.

—Esta vez Luke Dekker aseguró todas las tuercas. En estos momentos, cuando aún no han transcurrido veinticuatro horas del asalto, se encuentra tan lejos de nosotros como una estrella en el firmamento, o al menos esto es lo que él cree.

—¿Le contó la historia al teniente Hill?

—No ha sido necesario. El me colocó otra a mí mucho más interesante y usted la va a saber.

—No quiero que me descubra ningún secreto, Kitchawan.

—Me interesa que lo sepa.

—Muy bien. Adelante.

—El teniente Hill me dijo algo cuando nosotros los dejamos a ustedes allá, en la oficina del club *Veintiuno*. Hill no llegó allí por casualidad. Recibió una llamada anónima. Una voz que no pudo identificar le anunció que en el club *Veintiuno* iban a pasar grandes cosas y que si no se lo quería perder debía estar allí a las ocho menos cuarto. Hill estaba franco de servicio y fue allá. Yo habría hecho lo mismo en su lugar. Apenas entró, Wrich Sima se acercó a él. Se pusieron a hablar de cosas sin trascendencia, y por último, Sima le invitó a entrar en el despacho de Luke. ¿Qué le parece?

—Perfecto.

—Celebro que le guste —me observó otra vez con los ojos

fruncidos—. ¿Y usted, Merrill? ¿Por qué fue allá? ¿También recibió su llamada?

—No.

—Ya; fue voluntariamente.

—Desde luego. Nadie me coaccionó. Entré allí por mi propio pie y era justo lo que deseaba.

—Quiero decirle lo que pienso.

—No se lo calle, teniente.

—Usted está metido en el asalto hasta el cuello —sonrió enseñando los dientes—. ¿Cuánto le pagó Luke por ayudarle a probar su coartada? ¿O quizá usted le exigió un tanto por ciento del botín?

Permanecí un rato inmóvil mirando a través del parabrisas. En la acera, una rubia se había dado cuenta de que tenía una carrera en la pantorrilla y, se estaba poniendo saliva. Era una bonita pierna. Sin apartar la mirada de ella, dije:

—Si ya ha terminado, salte del coche, teniente.

—¿Adónde llevaron el sedán, Merrill? No pudieron ir muy lejos. He examinado el mapa de la, ciudad y estoy dispuesto a apostar mi placa a que no recorrieron más de cinco o seis millas.

Un tipo larguirucho pasó junto a la dama de los bonitos remos y emitió un silbido de admiración.

—Oiga, Kitchawan —dije—, está perdiendo el tiempo conmigo.

—Nunca se sabe cuándo se pierde el tiempo —repuso él—. Muchas veces creemos que lo estamos gastando gratuitamente, y luego resulta que no es así.

Le miró a la cara.

—Cualquier día de éstos me dejaré caer por su despacho, teniente. Cuénteme entonces sus experiencias.

Sus labios se unieron hasta formar una sola línea y los ojos se le convirtieron en rendijas.

—Me he informado acerca de usted, Merrill. Está sin blanca. Su cuenta bancaria quedó agotada hace veinte días, pero hace apenas dos horas estuvo almorzando con la secretaria de Steve Adler en uno de los locales más caros de la ciudad. Y no pagó ella.

—Tiene buenos sabuesos, teniente. ¿Le contaron lo que ocurrió en Greystone?

—Sí, un par de vagabundos quisieron acuchillarle. Al parecer no

es usted muy popular entre ellos.

—¿Sólo se le ha ocurrido eso?

—¿Qué más hay?

—Averígüelo usted.

—Muy bien, Merrill. Sólo quería tener unas palabras con usted por si lo había pensado mejor y quería colaborar. Le he concedido una oportunidad y usted la ha rechazado.

—No tengo nada que ver con el asalto a la agencia Bedford.

—Y yo no le creo.

Me encogí de hombros.

—Es cuenta suya, Kitchawan.

—De acuerdo, Merrill. No diga después que no le previne.

Saltó del coche y cerró con fuerza la portezuela.

Puse en marcha el motor y el coche se deslizó suavemente por la calzada. Vi un coche negro que se ponía en marcha. En el asiento delantero viajaban los dos polis que había visto antes. Sonreí para mis adentros.

Hice correr el «Ford» a una velocidad moderada hasta que pasamos a la otra parte del río, por el puente George Washington. Entonces aumenté la velocidad hacia Leonia.

La aguja del velocímetro ascendió rápidamente. El coche policíaco me seguía sin ninguna dificultad.

Nos alejamos como cosa de ocho millas del Hudson y de pronto, a la salida de una curva, frené bruscamente y metí el coche por entre unos árboles. Luego detuve el motor.

El coche de la policía pasó como una exhalación en mi busca. Puse en marcha otra vez mi coche y seguí hacia adelante por entre el bosquecillo. Gané un camino vecinal y bajé hacia Union City, regresando a Manhattan por el túnel Lincoln.

Entré en una cabina telefónica y llamé a Frank a su oficina.

—¡Maldita sea! —gritó cuando le dije quién era—. He estado esperando que me llamases durante todo el día. Y no he dejado de llamar a la oficina y a tu apartamento. ¿Dónde te metiste?

—Estuve durmiendo.

Me llegó un gemido a través del cable.

—Tú durmiendo cuando hay medio millón de dólares en juego… ¡Infiernos! Danny, no es por darte jabón, pero si hay un detective privado en Nueva York con agallas para echar mano a ese tesoro,

eres tú.

—Gracias, pero pienso que tú también eres detective.

—Yo conozco mis propias fuerzas, Danny. No me duele reconocerlo. Soy un colaborador de abogados, fiscales, detectives, pero hay ciertos trabajos que no están a mi alcance… ¿Qué haría yo enfrentado a esa gentuza con la que tú te bandeas tan bien?

—Oye, muchacho: cierra la válvula de los elogios. No te llamo para oír cómo me echas flores. ¿Sabes algo acerca de Anne Bros?

—Sí —dijo de mala gana—. Tengo algo. Uno de los chicos que está buscando como un loco el botín de la agencia Bedford, me llamó para decirme que se le había olvidado algo.

—¿Qué estás esperando? ¡Suéltalo de una vez!

—Encontró en Brooklyn a un tipo que aseguró haber visto hace una semana a la chica, pero el propio agente me ha advertido que el fulano es un pillo de siete suelas y que probablemente le engañó para cobrar el dólar prometido a sus informes.

—¿Está bien? ¿Quién es ese fulano?

—Se le conoce con el nombre de *Littlejohn*.

—¿Qué le dijo a tu agente?

—Que vio a Anne Bros en un bar de Rockwall, pero ni él mismo recuerda qué bar era ése porque estaba borracho como una cuba.

—¿Con quién estaba ella?

—No lo vio muy bien porque el fulano estaba con la cara vuelta. *Littlejohn* andaba en busca de un tipo que él debe cinco dólares. Imagínate: si *Littlejohn* tiene deudores yo soy Arthur Miller.

—¿Dónde puedo encontrar a *Littlejohn*?

—¿Es que vas a perder el tiempo con eso?

—Vamos, Frank, te pagué quinientos dólares.

—¡Danny! ¡El botín de los quinientos mil dólares! Alguien le echará mano y será él quien cobre.

—Acaba de una vez y dime dónde daré con *Littlejohn*.

—Mi agente mencionó el bar *Orange*, en Clarendon —declaró, ya completamente deshinchado—. Ah, otra cosa. El teléfono que te dio el gorila corresponde a un tugurio del Bronx. No hay nada que hacer allí.

—Bien, Frank. Escucha ahora. No quiero que te separes del teléfono.

—¡Y un cuerno! Yo también voy a emborracharme.

—Escucha, cabezota. Mi próxima llamada puede tener relación con ese condenado asalto a la agencia Bedford.

—¡Danny! —gritó con incontenible júbilo.

Colgué inmediatamente.

Media hora más tarde penetraba en el bar *Orange*, de Clarendon. Bebí un *whisky* y pregunté al mozo por *Littlejohn*. Me contestó que todavía no había llegado, pero que no tardaría mucho en hacerlo porque visitaba el local no menos de cuatro veces al día. Le pedí una descripción a cambio de un par de dólares y me dijo que *Littlejohn* respondía a su nombre. Era bajo de talla, delgado y con cara de avecilla.

Bebí otro *whisky* y fumé un cigarrillo. De pronto, le vi entrar. Era inconfundible. Parecía un pájaro al que persiguiese un gavilán.

Vino a ponerse cerca de mí y se registró los bolsillos en busca de una moneda. Yo le hice una señal al mozo y él comprendió. Puso delante de *Littlejohn* un vaso antes de que el enano lo hubiese pedido.

Littlejohn soltó una risita y puso cara de asombro.

—¿De quién es el cumpleaños? —preguntó.

—Mío —dije.

—Pues que cumpla muchos —repuso, y se tiró el *whisky* al coleto.

Saqué un billete de cinco dólares y el tipejo puso los ojos en blanco.

Le hice una señal con la cabeza y me lo llevé a una mesa.

—Anne Bros —dije cuando lo tuve sentado frente a mí.

Se pasó la lengua por el labio y de pronto alzóse para marcharse, pero yo le cogí la mano y tiré de él sentándolo en la silla.

—¿La vio o fue solo un cuento, *Littlejohn*?

—No la vi.

—Estupendo. Dígame ahora quién era él.

—Le he dicho que no la vi.

—¿A quién tiene miedo, amigo?

—Oiga, yo no sabía que a esa mujer la habían matado. Me enteré luego, cuando aquel tipo se marchó. Le juro que no la vi. Todo fue un cuento. Pensé que si informaba al primo que le había echado el ojo me daría algo… y ya ve usted, sólo me largó un cochino dólar.

—Sólo fue un adelanto. Aquí tienes cinco.

—Quiero irme a mi casa. No me encuentro muy bien, ¿sabe?

Negué con la cabeza.

—No te irás hasta que lo hayas soltado —agregué otros cinco dólares a los primeros—. Y no hay más, *Littlejohn*. Es todo lo que puedo invertir en ti.

—Sólo sé lo que le dije a su amigo.

—Te diré lo que te pasa, *Littlejohn*. Tú sabes bien quién acompañaba a la chica, pero sólo dijiste que la habías visto a ella porque así te comprometías bien poco. Pero conmigo no te vale. Es él quien me interesa.

Movió la cabeza hacia un lado y otro. En su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

Dijo con ojos asustados:

—Oiga, yo no me meto con nadie… Dicen que soy un rufián, pero no me meto con nadie.

—Estos diez dólares te permitirán estar escondido durante un par de días. Cuando asomes otra vez la cabeza todo habrá concluido. No has de temer nada, *Littlejohn*.

Se mojó otra vez el labio inferior con la lengua y alargó la mano atrapando los dos billetes.

—Era Jimmy Park —dijo.

—¿Quién es Jimmy Park?

—Un tipo que no se anda con bromas. Si se entera siquiera de que he mencionado su nombre, me cuelga.

—¿Cómo es?

—Alto, muy fornido, tiene una cicatriz.

—¿Dónde?

—Debajo de la oreja derecha.

—Sólo falta que me digas dónde lo puedo encontrar.

—Es dueño de una carnicería en el Westchester. Al otro lado hay un almacén de muebles.

—Eso está en el Bronx. ¿Qué hacía Jimmy Park en Brooklyn?

—¿Y yo qué sé? Pregúnteselo a él… Pero, por lo que más quiera, no le diga, que lo he mandado yo.

Hablaba entrecortadamente, mirando por el rabillo del ojo a su alrededor. De pronto se puso en pie, hizo un saludo con la mano y salió muy aprisa del local.

Yo sabía adónde iba. A esconderse bajo tierra si encontraba algún lugar por donde respirar.

Me fui al Bronx y cuando llegué a la Avenida Westchester hice disminuir la velocidad del coche.

Pasé por frente a la carnicería de Jimmy Park y me di cuenta de que las dimensiones del local no eran corrientes. Era un negocio próspero.

Finalmente encontré un hueco para estacionar y salté fuera del coche, encaminándome hacia arriba.

Entré en la carnicería. Era limpia y toda ella refulgía brillante. Había un hombre tras el mostrador, despachando costillas a una mujer.

Yo encendí un cigarrillo parsimoniosamente. La mujer se fue y el tipo, de cara grande y cabeza redonda, se volvió hacia mí.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Quisiera hablar con el dueño.

—¿Para qué?

—Asuntos del Municipio.

Arrugó la nariz y me observó detenidamente mientras sacaba brillo con un paño a la hoja de un gran cuchillo.

—Está bien, espere un momento; preguntaré si está.

Se metió por una puerta y como cosa de un minuto más tarde regresó.

—Pase. El patrón le espera.

Continuaba con el cuchillo en la mano y no se apartaba del hueco, que era muy estrecho. Si entraba por allí tendría que darle la espalda. Observé la hoja de acero y el brazo del tipo. Le bastaría una pequeña presión para hundirme el acero hasta el mango.

Enarcó la ceja porque estaba esperando y yo estaba quieto.

—Adelante, inspector.

Sacudí la cabeza y decidí correr el riesgo. Crucé la puerta y esperé. Nada ocurrió a mi espalda.

—Es a la derecha —oí que me decía.

Había una puerta entreabierta, que empujé, pasando a una oficina donde había un hombre detrás de una mesa. Su pelo era rizado y su frente ancha.

Cerré la puerta tras de mí y él entonces dijo:

—Déjela abierta. Aquí hace un calor infernal.

Lo hacía y él estaba en mangas de camisa. Pero yo no abrí.

—¿Qué le pasa? —rezongó—. ¿Es que no me ha oído?

—Así estaremos mucho mejor, Jimmy.

Jimmy hizo una mueca.

—Oiga, yo no le conozco a usted —me apuntó con el dedo—. Y ahora que me doy cuenta, apuesto a que tampoco es inspector municipal de carnes.

—No dije que lo fuese.

—Gustavo dijo que lo era.

—Ha sido una suposición suya.

Me observó muy fijamente y de pronto tiró de un cajón, pero yo estaba preparado. Pasé junto a la mesa y di un rodillazo al cajón. Antes de cerrarse vi brillar en el interior una pistola.

Jimmy Park lanzó un grito de dolor, sacando la mano del cepo y se echó atrás sobre la silla.

—¡Maldita sea! ¿Quién es usted?

—Tu verdugo, Jimmy.

Quedóse con la boca abierta mirándome con perplejidad.

—¿Qué le pasa a usted? En mi vida le he visto. Seguro que se confunde.

—Te citaré un nombre y quizá eso ponga las cosas en su punto.

—¿Qué nombre?

—Anne Bros.

Quedóse en suspenso. Sacó la punta de la lengua y se la pasó por todo el labio inferior. Luego forzó una sonrisa.

—Es lo que le dije, amigo. En mi vida he conocido a ninguna Anne Bros.

Le pegué un golpe con el filo de la mano en la oreja.

Su cuerpo se hundió en el asiento y su cabeza golpeó contra el respaldo de la silla.

Lanzó una retahíla de imprecaciones y trató de ponerse en pie, pero se lo impedí poniéndole una mano en el hombro.

—Quédate quieto, Jimmy, si no quieres cobrar más.

—Usted se fue de la cabeza, amigo… Y seguro que ocurrió hace tiempo.

—Voy a demostrarte que estoy cuerdo, Jimmy.

—Dese prisa. Siento hormigueo en los pies.

Se las quería dar de duro, pero a mí no me importaba eso.

Acerqué mi cara a la suya.

—¿Por qué Luke Dekker ordenó la muerte de Anne Bros?

Soltó una carcajada en mis narices.

Corrí la diestra del hombro a su cuello y presioné con el dedo índice. Trató de zafarse de la presa con sus dos manos, pero yo entonces le golpeé en el otro hombro con la zurda y se desinfló como un globo. El sudor le corría por la cara y le resbalaba por el pecho metiéndosele por entre el negro vello.

—Anda, contéstame. ¿Qué es lo que le hizo Anne Bros a Luke para que él te encargase su ejecución?

—No sé de qué me habla.

Levantó la rodilla golpeándome en el estómago.

Sentí un intenso dolor y aflojé los dedos que tenía engarzados alrededor de su pescuezo. Luego levantó las dos manos y golpeóme simultáneamente con ambas en la cara. Trastabillé hacia atrás y vi cómo de nuevo empezaba a tirar del cajón, pero esta vez se movió mucho más aprisa. Metió la mano y la sacó con la pistola. Para ese entonces ya había recuperado el resuello y le solté un patadón a la diestra.

La pistola voló por los aires estrellándose contra el techo y regresó cayendo en el suelo.

El rufián lanzó un grito y se abalanzó contra mí golpeándome en el hígado. Me fui hacia un lado para evitar que me alcanzase por segunda vez con sus enormes puños y le disparé un derechazo al riñón.

Retrocedió golpeando contra el filo de la mesa y cuando se venía hacia mí le estrellé el puño en las narices. Sentí el crujido de sus cartílagos y cómo mis nudillos llegaban hasta el hueso. Me eché contra la pared para descansar, porque estaba muy aturdido, pero Jimmy había llevado la peor parte y ahora se encontraba panza arriba con las manos en la cara lanzando maldiciones cada vez que se las veía llenas de sangre.

Caminé hacia él y le agarré otra vez por el cuello.

—Anda, levántate. Aún no hemos terminado, Jimmy.

Soltó un salivazo y sacó un pañuelo aplicándoselo a las narices.

—Esto lo vas a pagar, hermano —barbotó.

—Claro que sí, Jimmy. Yo pago a todos. A usureros y a quien me la juega —le miré a los ojos—. Escúchame, bastardo; Anne Bros fue

secretaria mía en otro tiempo, y aunque no sea nada más que por eso, voy a darme el gustazo de enviaros a la silla a ti y a tu jefe.

—¿Jefe? Yo no tengo ningún jefe.

—Te diré uno, Luke Dekker.

—Usted lo ha soñado.

—Te vieron con Anne Bros en un bar de Brooklyn. Luego preguntaste por ella en el hotel *Estrella Marina*, de Greystone y fue justamente un poco antes de que ella fuese muerta.

—Le han engañado. Nunca me aparté del Bronx. ¿Qué iba a hacer yo en Brooklyn?

—Eso es lo que me vas a explicar.

—No hay nada que explicar, ¿comprende? Nada de nada.

Saqué la pistola y él fue a escapar, pero lo cogí con la mano libre.

Emitió un bufido y se quedó mirando el arma.

—No se atreverá a matarme. Sería un asesinato.

Quité el seguro del arma y le clavé el cañón en el estómago.

—¿Quién te dice que no?

Sus ojos se desorbitaron.

—No puede matarme, amigo. Cometería un gran error.

—Vine aquí sobre seguro, Jimmy, y si me tengo que marchar sin saber más de lo que ya conocía, tú quedarás listo para que te metan en un ataúd.

Le estaba atemorizando. Aunque él era un hijo de perra no podía matarle a sangre fría, pero estaba empleando con él el único idioma que conocía: la violencia y el castigo corporal.

De pronto me di cuenta de que él no me estaba mirando. Sus ojos permanecían en un punto fijo a mis espaldas.

Empecé a volverme y aunque lo hice con mucha rapidez fue demasiado tarde. El edificio del Empire State cayó sobre mí.

En un segundo quedó envuelto en una impenetrable oscuridad, en un vacío infinito, y luego empecé a dar vueltas, a girar sin sentido de un lado a otro y la atmósfera empezó a enfriarse y todo mi cuerpo se empapó en un sudor gélido y seguí cayendo y cayendo…

CAPÍTULO VIII

El frío era terrible. Me había calado hasta los huesos. Algo me resbalaba sobre la cara y por la nuca metiéndoseme por el cuello de la camisa. Supe lo que era. Sangre.

El dolor era algo entrecortado que me sacudía el cuerpo y aquel terrible frío no se me marchaba. Pensé que quizá fuese el helado sudario de la muerte. Abrí los ojos y ante mí vi una gran oscuridad, pero no era la tierra lo que me rodeaba. El suelo sobre el que estaba tendido era tan duro como una plancha. Los oídos me zumbaban. Traté de incorporarme y golpeé con algo.

Mis dientes empezaron a castañetear. No sentía la circulación de la sangre. Moví los dedos y los encontré duros, rígidos, como carámbanos.

Me incorporé hasta quedar sentado y sacudí la cabeza. Luego empecé a frotarme las muñecas. Entonces supe dónde estaba. Metido en un frigorífico.

Me toqué la nuca y la cara. La sangre no era mía. Alargué la mano y toqué carne y un trozo de hueso. Allí había colgada una res y a ella pertenecía la sangre que había corrido por mi piel.

Me agarré a una pata y logré incorporarme. Empecé a frotarme las piernas, a moverme de un lado para otro y logré entrar en calor, pero al detenerme mis miembros empezaron de nuevo a quedarse rígidos.

Pensé en lo bien que me hubiese venido un trago de *whisky*.

Recordé el paquete de cigarrillos y lo busqué en el bolsillo, pero aquellos bastardos habían pensado en todo. Me habían quitado hasta la cartera.

No podía quedarme quieto o moriría de frío. Mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Conté las reses para entretenerme.

Había seis, y todas ellas estaban abiertas en canal.

También me habían quitado el reloj. No podía saber siquiera cuánto tiempo había transcurrido desde que me dejaron fuera de combate. Seguí moviéndome de un lado a otro.

De pronto oí un ruido y quedé quieto, a la espera. Poco después una puerta se abrió. Vi una nariz cubierta de esparadrapo. Era Jimmy Park.

—Ven aquí, Merrill.

Acepté su invitación y salí fuera. Allá enfrente vi a mis conocidos Luke Dekker y Wrich Sima. No estaban solos. Cerca de la puerta había otros dos hombres. Los dos portaban grandes pistolas, cuyos negros ojos me apuntaban a mí.

Luke tenía un humeante cigarrillo entre los labios.

—Se metió en complicaciones, ¿eh, Merrill? —murmuró.

Miré hacia el fondo y vi un coche del servicio de reparto de carnes. A la izquierda había un sedán negro. Finalmente miré a Luke.

—Puedo apostar doble contra sencillo a que fue usted el que me creó los problemas.

—Me gusta vérmelas con tipos con agallas, Merrill, y usted parece ser uno de ellos.

De pronto sentí que me golpeaban en la nuca. Me derrumbé en el suelo, pero no llegué a perder el conocimiento. Púseme de rodillas y observé a Jimmy, el cual estaba con los puños cerrados y los pies abiertos en compás.

—Yo voy a ser quien ajuste las cuentas contigo, Merrill.

—Frente a frente, Jimmy.

Luke lanzó una carcajada.

—¿Lo oyes, Jimmy? Quiere luchar contigo de hombre a hombre.

El carnicero hizo una mueca mientras se señalaba con el dedo su destrozada nariz.

—Apenas puedo respirar. Fue un golpe de este bastardo. Si me encontrase en iguales condiciones que él lo haría pedazos.

Me largó un patadón, pero yo me dejé caer de lado y lo atrapé por el tobillo tirando de él con mucha fuerza.

Se vino abajo golpeando las espaldas contra el suelo y empezó a soltar una retahíla de maldiciones.

Hubiese podido golpearle con facilidad, pero tenía en cuenta que

había dos tipos que me estaban apuntando con un arma y que en cualquier momento podrían apretar el gatillo. Así que, me alejé de Jimmy y me puse en pie.

Jimmy también se enderezó respirando por la boca entre rápidos jadeos.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Te voy a abrir en canal!

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, y sacó una navaja. Sonó un
clic-clac
y la hoja apareció reluciente y limpia.

Se produjo en la nave un gran silencio. Jimmy echó a andar hacia mí y yo empecé a retroceder.

Miré, de soslayo a Luke y a Wrich Sima. Los dos sonreían. Era un espectáculo muy divertido.

Decidí jugar mi carta.

—Yo no llegué aquí porque tuviese ningún presentimiento, Luke. Hay tipos que me ayudaron. Admitamos que Jimmy Park me clava su aguja y, que arroja mi cadáver adonde quiera. La policía sabrá que fue él quien lo hizo. Alguien se encargará de irles con el cuento.

Nadie dijo nada, y Jimmy siguió su camino en mi busca. Proseguí hablando:

—Usted fue listo, Luke. Dio un golpe de quinientos mil dólares, pero ahora va a cometer su primer error.

Luke y Wrich Sima se pusieron muy serios.

—¿Qué es lo que está diciendo? —murmuró Luke.

—Le hablo del asalto a la agencia Bedford.

—No sé nada de eso.

—Usted lo hizo, Luke.

—Parece olvidar que usted mismo me proporcione la oportunidad de probar mi coartada.

—No soy tan lerdo, Dekker. Es cierto que estaba allí en su oficina, mientras se realizaba el asalto, pero usted era el jefe de la banda. Los seis hombres que entraron en la agencia Bedford y se llevaron las bolsas con los billetes seguían sus instrucciones. Usted es el cerebro que preparó la operación.

—Ya habla como un policía.

—Los tenientes Kitchawan e Hill han construido una hipótesis, pero no pueden probarle a usted nada. Yo sí.

—Está muerto de miedo, Merrill. Jimmy lo va a ensartar y usted trata de agarrarse a un clavo ardiendo.

—Le contaré cómo lo hizo, Luke.

—Fanfarronadas.

—Esta carnicería está a menos de dos millas de la agencia Bedford. Los muchachos que pegaron el golpe huyeron en el sedán negro que hay allí. Naturalmente, a estas horas su chapa está cambiada. En el propio coche cambiaron la indumentaria de los empleados de la agencia Bedford por la de los mozos que reparten la carne. En un lugar determinado, cualquier callejuela entre la carnicería y la agencia Bedford, esperaba un camión de reparto de carne. Ese que hay ahí. Fue ingenioso, Luke; le felicito. Los muchachos pasaron al camión y metieron las bolsas dentro de las reses. El coche negro debió ir a cualquier otra parte de momento y el camión pudo llegar aquí con toda facilidad.

Jimmy Park se había detenido.

El silencio era algo tan tangible que hería los oídos.

—Eso lo ha soñado, Merrill —dijo al fin Luke.

—No, compañero. Es la pura realidad. En esta casa están los quinientos mil dólares. Bastaría que la policía se dejase caer por aquí para que atrapase el botín, y esos coches podrían probar la forma en que ustedes llevaron a cabo el robo.

Jimmy Park apretaba los dientes rabioso.

—¡Le voy a sacar las tripas, Merrill!

Uno de los matones se adelantó unos pasos y me apuntó con su arma al pecho. Luego dijo:

—No vuelva a retroceder, Merrill. Ha de esperar ahí a Jimmy. Si se mueve le parto el corazón de un balazo.

Jimmy Park rió.

—Ya lo sabe, polizonte. Se va, a quedar ahí quietecito. Nada de trampas.

Miré el cuchillo. Jimmy Park debía ser muy hábil con él y sería muy difícil que le pudiese resistir un par de embestidas, porque yo tampoco estaba en buenas condiciones físicas después de la paliza que me habían propinado antes de introducirme en el frigorífico. Pero me lo acaban de advertir. No podía retroceder ni un paso. Y allí estaba el negro ojo de la pistola para que no lo olvidase.

Jimmy echó el brazo atrás preparándose para atacarme.

Entonces Wrich Sima, dijo:

—Espera un momento, Jimmy.

El carnicero no dejó de mirarme, pero mantuvo quieto el brazo.

—¿Qué te pasa, Wrich?

—Estoy, pensando que Merrill tiene razón. No lo debemos hacer aquí.

—No seas estúpido, Wrich —contestó Jimmy—. Tenemos un coche. Sacaremos de aquí su cadáver y lo enterraremos en cualquier parte.

—Alguien puede ver a Merrill dentro del coche, un ciudadano, cualquier policía… Uno nunca puede saber lo que va a ocurrir con el endemoniado tráfico que hay en esta ciudad.

Se hizo una larga pausa y luego Jimmy Park insistió:

—¿Para qué demorarlo más? Opino que debemos hacerlo aquí. ¿Qué más da que viaje muerto o vivo? Lo pueden ver de todas formas.

—Pero será distinto. Merrill no podrá hacer nada porque tendrá un cañón contra las costillas. Si nos encontramos con alguien en el camino se puede arreglar sobre la marcha, pero transportar un cadáver es lo peor. Acuérdate de lo que le pasó a Budington y a Slote. Los pillaron con un fiambre en el coche y no tardaron tres meses en achicharrarlos en la silla.

—¡Maldito seas, Wrich! —exclamó Jimmy—. ¿Es que te vas a poner a defender a un bastardo sabueso?

—¡No voy a consentir que me insultes! —chilló Wrich.

Luke se quitó la punta del cigarrillo de los labios y la tiró al suelo aplastándola con el tacón del zapato.

—Estáis perdiendo la serenidad, chicos, y para eso está el bromuro.

Jimmy Park me siguió mirando y su brazo armado tembló porque lo estaba conteniendo desde hacía rato.

—¿Qué opinas tú, Luke? —preguntó.

—En vuestros argumentos no habéis hecho mención del punto más interesante.

—¿Cuál?

—Supongamos que Merrill tiene razón y que hay alguien que sepa que ha venido a esta casa. Supongamos también que lo matamos aquí y que en el camino, mientras lo transportáis a la fosa

surge un incidente —hizo una pausa—. Es significaría nuestra ruina completa. No he estado preparando seis meses un trabajo para que al final un asqueroso detective privado nos lo eche todo por tierra y es justamente lo que ocurriría. Ya lo ha dicho él antes: tenemos aquí los coches. Los polis sólo tendrían que sumar dos más dos para llegar a la conclusión de lo que realmente ha ocurrido.

Se hizo otro silencia. Luke clavó en mí sus acerados ojos.

—Bien, Merrill; ya lo sabes todo. Estabas en lo cierto. Fuimos nosotros, pero no vas a participar a nadie el secreto, porque antes acabaremos contigo.

Jimmy se pasó el dorso de la mano libre por la cara. Soltó una obscenidad y luego dijo:

—Está bien, Luke. Tú mandas. ¿Qué quieres que hagamos?

—Tú, Mike y Parry os lo llevaréis.

—¿Y después?

—Las cosas seguirán igual. Tú continuarás aquí y los muchachos harán su vida normal en la ciudad.

—¿Y qué es lo que haréis tú y Sima, Luke?

—Pensaba marcharme a Los Angeles, hasta que se hubiese asentado el polvo que levantó el asalto, pero los polis se están moviendo mucho y han conseguido una orden judicial para que no podamos abandonar el estado de Nueva York. Sima y yo nos iremos a pescar a la cabaña del lago Woodcliff. Pero antes he de ocuparme de una cosa —se volvió señalando el coche del reparto de carnes—. Vamos a deshacemos de ese camión. Será bueno para todos.

—Muy bien —dijo Jimmy—. Esta noche, cuando regrese, me lo llevaré a una cantera abandonada. Está bien alejada de aquí.

—Eres un estúpido, Jimmy —dijo Luke—. Eso no servirá.

—No has visto la cantera como yo. Las lluvias la han convertido en un verdadero lago.

—Claro que sí, pero un coche que caiga allí se puede recuperar con una buena grúa. No me entendiste. Hay que hacerlo desaparecer totalmente.

—No querrás que busquemos un horno para fundirlo…

—Existe un procedimiento tan bueno como ése y más útil. Enviaré aquí a un par de grandes chicos que se encargarán del trabajo. Aprendieron a soldar y a cortar metal en la penitenciaría. Les daré orden que el trozo más grande del coche quepa en el puño

de la mano. No dejarán ni rastro del número de matrícula ni de cualquier otra marca que sirva para identificar esos pedazos. Luego sólo tendréis que ir a cualquier lugar para enterrar los restos.

Jimmy sacudió la cabeza.

—Es una buena idea.

Luke se dirigió a mí otra vez.

—Debiste aceptar los mil dólares que te envié con uno de mis chicos. A estas horas estarías en la costa del Pacífico bronceándote al sol —sonrió—. No supiste elegir, Merrill, y eso es algo que la vida nunca perdona.

—Quizá usted tampoco eligió bien, Luke —repuse—. Picó demasiado alto.

—Estás acabado, polizonte, y lo peor de todo es que ni siquiera vas a tener un funeral —me hizo un saludo con la mano—. Te deseo una pronta llegada al infierno.

Se marchó seguido de Wrich Sima y la puerta quedó cerrada.

Mike y Parry continuaban apuntándome con sus pistolas.

Jimmy Park guardó su navaja de resorte y señaló con el brazo el sedán negro.

—Bien, Merrill, iniciemos el viaje cuanto antes.

—Me vendrá bien para los pulmones —dije.

—Una advertencia, muchacho. Yo seré quien vaya al volante. Usted estará entre Mike y Parry. Un grito mientras crucemos la ciudad y será hombre muerto.

—Corriente, Jimmy. Quedo advertido.

Nos colocamos en el coche tal como había explicado Jimmy. Pero él antes de colocarse ante el volante, abrió la puerta exterior que comunicaba con una callejuela. Una vez que salió fuera, saltó para cerrar y seguidamente emprendimos el viaje, cuyo destino era la muerte.

* * *

Subimos hacia el lago Rye por White Plains, nos desviamos hacia Hawthome, pasamos Briarcliff Mamet y por último Jimmy hizo girar el volante por la Avenida Crotón acercándose a Ossining. Eso quedaba bastante lejos de Greystone y de Trevor Park, pero seguía siendo la orilla izquierda del Hudson. Por una de las

ventanillas vi la prisión de Sing, recortada su negra mole sobre el cielo, pero no era a la prisión adonde me llevaban.

Seguimos hacia el norte, bordeando la costa y finalmente nos detuvimos en el estuario del río Yorktown, junto a una cabaña. Mike y Parry procedieron eficientemente para no dejarme una sola posibilidad de escapar. Primero bajó uno, y me apuntó con la pistola para que le siguiese, y Parry vino detrás de mí apretándome su pistola contra un riñón.

El aire olía a pinos.

Jimmy Park se golpeó el pecho con el puño e inspiró profundamente.

—Esto es salud, palabra que sí —me miró y empezó a sonreír—, pero no lo va a ser para ti, muchacho.

—Bien —dijo Parry—. Terminemos cuanto antes.

—No me encuentro bien —repuso Mike—. No sé lo que me pasa.

—¿La cabeza? —preguntó Jimmy.

—No, el estómago.

Parry dijo malhumorado:

—Se atracó de pescado al mediodía. Yo le dije que no me parecía fresco, pero no he visto a nadie que le guste el pescado como a él. Debió nacer gato.

Mike me apuntaba con la pistola y con la palma de la otra mano se frotaba el abdomen.

—¿Tienes bicarbonato, Jimmy?

—Sí. Dentro hay. Se te pasará en seguida y entonces nos ocuparemos de este prójimo.

Jimmy me señaló con la cabeza.

—Anda, ven conmigo y pórtate bien. Tú eres el que sales ganando con el atracón de Mike. Vivirás unos cuantos minutos de propina.

Fui con él y Mike y Parry nos siguieron.

Era de noche, pero había luna llena. Demasiada luz para un tipo que pretendiese huir por entre los árboles y los pistoleros estaban demasiado cerca de mí.

Jimmy sacó una llave y abrió la puerta. El pasó primero. Dio la vuelta al conmutador de la luz y me indicó con la cabeza que podía entrar.

Mike me clavó otra vez el cañón en la columna vertebral y de

esa forma nos encontramos todos en el interior de la cabaña.

Vi dos confortables sillones, y Jimmy señaló uno de ellos.

—Anda, siéntate mientras le preparo el bicarbonato a Mike.

Ocupé el sillón. Parry se quedó junto a la puerta, siempre con la pistola en la mano, y Mike dejóse caer en el otro sillón frente a mí. Su rastro se había tornado pálido y estaba bañado en sudor. Jimmy se metió en la cocina para preparar el mejunje.

Carraspeé suavemente y dije:

—Si comió pescado en malas condiciones debe estar sufriendo una infección, Mike.

Parry habló desde la puerta:

—Cierra la boca.

Me eché sobre el respaldo murmurando:

—Un tipo que sirvió conmigo en Francia se murió de esto. Aquél comió sardinas. ¡Diablos!, lo tengo grabado en la memoria. No he visto morir a nadie como él. Se revolcaba en el suelo.

Miré a Mike.

—¿Y sabes lo que me pidió? Que le volase la tapa de los sesos.

Mike parpadeó diciendo:

—Yo también comí sardinas.

Parry hizo una mueca.

—No le hagas caso, Mike. Te quiere asustar.

Me encogí de hombros.

—¿Qué ganaría yo con asustarlo? Estoy listo, muchacho. Lo único que hago es comentar algo que he visto con mis propios ojos.

Mike soltó un eructo. Sacó un pañuelo del bolsillo con la mano libre y se lo pasó por la cara y por la nuca. Luego se me quedó mirando:

—¿Cuáles eran los síntomas, Merrill?

—Sudores, estremecimientos y un dolor que empezó suave en la boca del estómago. Luego se hizo cada vez más fuerte. Mi amigo decía que tenía la impresión de que había comido fuego.

—Sí, es justamente lo que siento yo.

Parry chilló:

—¡Te dije que guardases silencio, Merrill! Una palabra más y me lo cargo aquí mismo.

Jimmy salió de la cocina con un vaso de agua, una cucharilla y un bote. Lo puso todo sobre la mesa y luego preguntó:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Parry me señaló con la pistola.

—Está asustando a Mike. Le está metiendo en el cuerpo la idea de que puede morir.

Mike apretó los dientes.

—¿Y si él tuviese razón? ¿Y si fuese a morirme?

—Tonterías —dijo Jimmy.

—Claro —retrucó Mike—, son tonterías, porque no sois vosotros quienes lo sentís —se frotó otra vez el estómago—. Cada vez estoy peor… Os juro que cada vez me siento peor.

Jimmy metió la cucharilla en el bote del bicarbonato y la volcó en el agua moviéndola muy aprisa.

—Anda, tómate esto —dijo, alargando el vaso a Mike.

Sacudí la cabeza.

—No le curará.

Mike se había echado hacia delante para coger el vaso y quedó quieto mirándome con odio.

—Quizá Parry tenga razón. Eres un hijo de perra. Me quieres meter miedo.

Tomó el vaso y bebió su contenido hasta apurar la última gota. Luego se echó atrás y eructó otra vez.

Hubo un largo silencio que interrumpió Parry diciendo:

—Bien, vamos ya. Quiero regresar cuanto antes a Nueva York para ver el *show* de Bob Hoppe por TV.

—¡Espera! —dijo Mike.

Jimmy sacó el paquete de cigarrillos y le tiró uno a Parry. No me ofreció a mí. Se pusieron a fumar sin pronunciar una sola palabra.

Mike me miraba muy fijo, los brazos inmóviles, aunque la pistola me estaba apuntando justamente a la cara.

Transcurrieron cosa de cinco minutos. Jimmy dijo:

—Ya debes estar mejor, ¿eh, Mike?

—¡Y un cuerno estoy mejor! —gritó el pistolero—. No he mejorado nada… ¡Peor que eso! ¡Me duele más!

Esperó que yo dijese algo, pero permanecí callado.

Se oía el silbido que producía el aire al rozar los troncos de la cabaña.

—¿Hay un médico por aquí? —preguntó Mike.

Jimmy meneó la cabeza.

—¿Por estas cabañas? ¡Ni pensarlo! El médico más próximo se encuentra en Ossining.

—Muy bien. Iremos allá —dijo Mike.

—Pero antes hemos de hacer el trabajo —exclamó Parry.

Mike sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Claro que sí. Lo haremos antes y va a ser aquí mismo.

Leí su intención de disparar, pero de pronto Jimmy dijo:

—Aquí no.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no?

—Algunas cabañas de por aquí están habitadas y en este silencio oirían los estampidos. Hemos de internarnos en el bosque.

—¡Maldita sea! —gritó Mike—. No puedo dar un paso.

Jimmy hizo un gesto afirmativo.

—Está bien. No te preocupes, Parry y yo nos bastaremos. Dame tu pistola.

Mike le miró con ojos entrecerrados.

—¿Por qué no empleas la tuya, Jimmy?

El carnicero se mojó el labio con la lengua.

—Está bien, usaré la mía.

Mike soltó una risita a pesar del dolor, diciendo:

—No me gustan los tipos demasiado listos.

Jimmy se acercó a un aparador y tiró de un cajón extrayendo de su interior una pistola. La examinó detenidamente y cuando la encontró conforme me apuntó con ella.

—Arriba, Merrill. Llegó tu hora.

Me levantó y froté una palma contra otra. Desde hacía rato me estaban transpirando.

Parry abrió la puerta y me precedió en la salida. Escuché a mis espaldas los pasos de Jimmy. Tampoco podía hacer nada. Una vez fuera, Jimmy cerró la puerta y señaló la parte derecha de la cabaña.

—Por aquí —dijo.

Nos pusimos a andar. A la izquierda vi brillar el agua. El sendero por el que marchábamos pasaba muy cerca de un embarcadero.

—Ten cuidado, Merrill —dijo Jimmy con una risita—. No vaya a ser que se rompa una pierna. Palabra que lo sentiría.

El terreno era muy abrupto, cortado casi a pico. No titubeé ni un segundo y salté al vacío de cabeza. Todavía estaba cruzando el aire

cuando oí las maldiciones que lanzaban los dos asesinos.

Golpeé contra la superficie del río y justamente en ese instante sonó un estampido y luego otro. Buceé profundamente mientras a mis oídos llegaban los gorgoteos que producían las balas al clavarse en el agua. Luego braceé vigorosamente y vi una mancha negra alargada muy cerca. Era uno de los pilotes que sostenía el embarcadero. Me agarré a él y subí muy despacio, lentamente, a pesar de que mis pulmones habían agotado las últimas reservas de oxígeno.

Al asomar la cabeza respiré con fruición y entonces oí el grito de Jimmy.

—¡Allí está, Parry! ¡En el embarcadero!

Solté una imprecación contra la luna llena.

Los tipos me enviaron su saludo con una nueva andanada y me sumergí rápidamente.

Por fortuna para mí, estaban muy lejos para hacer blanco.

Ascendí otra vez y me encontré bajo las tablas de madera, entre los pilotes. Seguidamente oí los pasos de mis verdugos.

Parry soltó una carcajada.

—Será divertido. Ese tipo no tiene escape.

—No me gusta —dijo Jimmy—. Oirán el tiroteo.

—Quizá no, pero si viene alguien se la ganará. Vete por aquel lado, Jimmy, y yo me largaré por el otro.

Estaba quieto, oyéndolos. Era como ellos decían. Había escapado de una trampa para meterme en otra. Pero no iba a dejar que me cazasen como a un pato silvestre.

Me moví muy aprisa hacia un lado del embarcadero. Era el sitio que correspondía a Parry.

Alargué la mano y ascendí por un pivote. Estaba lleno de grasa y resbalé hacia abajo. Tuve que aunar todas mis energías para intentarlo otra vez. Asomé poco a poco la cabeza.

Parry estaba mirando enfrente, de espaldas a mí, pero de pronto se volvió y yo me agaché rápidamente. Oí cómo se acercaba justamente hacia el lugar donde yo me encontraba. Otra vez resbalaban mis manos. Hice rechinar los dientes para sostenerme. Salté hacia arriba y agarré el tobillo de Parry cuando ya había pasado a mi altura.

Parry giró violentamente lanzando un grito y disparó su pistola.

La bala se incrustó en la madera y una de las astillas se me clavó en el pómulo. Luego el matón se vino abajo. Yo estaba arriba y me lancé sobre él antes de que pudiese disparar de nuevo. Lo aferré por la muñeca y empecé a doblársela.

—¡Jimmy! —gritó.

—¡Allá voy! —repuso el carnicero y oí cómo empezaba a correr hacia nosotros.

No había servido de nada. Ahora Jimmy acabaría conmigo con toda facilidad.

Golpeé con el puño izquierdo el mentón de Parry, pero era muy fuerte y no pude hacerle perder el sentido. Jimmy llegaba resoplando.

Doblé más la mano de Parry y el cañón fue moviéndose lentamente.

Jimmy se aproximaba riéndose entre jadeos. Entonces apreté el dedo que Parry tenía sobre el gatillo. Jimmy detuvo en seco su carrera y vi sus ojos muy grandes y brillantes. Dejó caer el arma y empezó a levantar las manos hacia el pecho. Sus piernas se doblaron. De su garganta escapó un gemido y luego se desplomó de bruces.

Parry me golpeó con la rodilla en el estómago y lanzóme hacia atrás. Rodé unos palmos sobre el embarcadero y cuando fui a levantarme vi a Parry. Estaba de rodillas apuntándome con la pistola y su cara sonreía como la de un loco.

Nos miramos en silencio. El labio inferior le colgaba babeante.

Una décima de segundo me separaba de la muerte.

Entonces sonó un estampido y la cabeza de Parry se le dobló sobre el pecho con terrible fuerza. Le acababan de disparar una bala en la nuca.

Miré hacia tierra firme y comprendí lo que había pasado.

Era Mike. Había salido de la cabaña y acababa de hacer fuego confundiéndome con su compañero.

Parry se vino también hacia delante y quedó muy cerca de mí. Le quité la pistola de la mano y grité:

—¡Entréguese, Mike! ¡Se acabó la juerga!

—¡Bastardo! ¡Ya no me duele el estómago! ¡Ahora estoy bien y yo seré quien te liquide!

Hizo un disparo y la bala me quemó el muslo.

Seguidamente le contesté con dos pildorazos. Uno de ellos llegó a su destino. Lanzó un grito y se fue hacia atrás golpeando contra un árbol y luego se vino abajo.

Me examiné la pierna. La herida me sangraba, pero era completamente superficial.

Oí una voz a lo lejos.

—¿Lo oíste, Lewis? ¡Se están tiroteando! ¡Avisa a la policía!

No me interesaba quedarme allí para contarle la historia a la policía. Al menos de momento. Me puse en pie y eché a andar rápidamente hacia donde los hombres de Luke Dekker habían dejado el sedán.

Minutos más tarde corría en dirección al lago Woodcliff.

CAPÍTULO IX

Me detuve en una estación de servicio de Park Rige y entré en el bar restaurante que había al lado.

Me sirvió una rubia muy desenvuelta a la que pedí un par de sándwiches, cerveza y café. Le pagué la cuenta y añadí un par de dólares de propina. La chica se convirtió en caramelo.

—Voy a la cabaña de mi amigo Luke Dekker —le dije—. Pero él y yo nos despistamos por teléfono y no se acordó de indicarme el lugar donde se ubica su bochinche.

—Está en la orilla izquierda, justamente al extremo norte. Llegará fácilmente desde aquí con sólo que corra unas cuatro millas.

—Gracias —le dije.

—Espero que pase un buen fin de semana —dijo y, después de pasarse la punta de la lengua por el labio inferior añadió con una sonrisa—: Si no se divierte, déjese caer por aquí. Tenemos un baile local que gusta mucho a los forasteros.

Miré sus curvas y no dudé que los forasteros se divertirían en Park Rige, especialmente los que tuviesen la precaución de pasarse antes por la estación de servicio. Le dije que lo tendría en cuenta y me marché.

Eran las nueve y media de la noche cuando llegué al extremo norte del lago. Hice correr el coche por un sendero que descendía suavemente por la ladera hacia las aguas que brillaban abajo. Por entre los árboles pude distinguir una luz y entonces frené y salté fuera.

Avancé unas yardas y vi la casa. La luz se filtraba por el hueco de una ventana que estaba abierta.

Me acerqué adoptando toda clase de precauciones. Me puse bajo la ventana. Oí la voz ce una mujer.

—Me prometiste un abrigo de visón el pasado invierno, Luke. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —contestó Dekker—, pero no pudo ser.

—¿Y qué piensas? ¿Que pase otro invierno muriéndome de frío? —se quejó ella.

Luke se echó a reír.

—¿Lo oyes, Sima? Las mujeres parecen ignorar que además del visón hay otros animalitos que también se preocupan de trabajar para que sus pieles sirvan algún día de cobijo.

—Ahí están los conejos —dijo Sima.

A la mujer no le gustó la ocurrencia.

—¡Maldito seas! ¡Tú siempre has sido un maldito tacaño, Sima!

—Y tú una condenada entrometida que el día menos pensado va a recibir lo suyo, por ejemplo, un puñetazo en los dientes.

—Miren al valiente. Anda, atrévete a ponerme la mano encima y soy capaz de hacerte un agujero mientras duermes.

Luke rió más fuerte.

—Ten cuidado, Sima —dijo—. Lili no es como las demás. Siempre cumple lo que promete.

Ya había escuchado bastante. Al parecer, en la habitación sólo había tres personas. Luke, Sima y aquella Lili que quería calentarse en invierno con un abrigo de visón.

Seguí hacia la puerta principal de la casa y subí al pórtico. Esperé un rato, pero el silencio no fue turbado por ningún ruido extraño. Entonces puse la mano en el picaporte, lo hice girar y abrí rápidamente penetrando como un ciclón la pistola per delante.

Luke se encontraba tendido en un diván, la cabeza sobre un almohadón, ocupada la diestra con un vaso de *whisky*.

Sima se apoyaba en la chimenea y también tenía otro vaso.

Lili estaba por los veinticinco o veintiséis años de edad y era muy hermosa, de cuerpo esbelto, cabello negro, rostro ovalado en el que brillaban unos ojos muy grandes provistos de sedosas pestañas. Cubríase con una camisa y unos pantalones que acreditaban la pureza de sus líneas.

Los tres se me quedaron mirando, y Luke se incorporó con las cejas enarcadas.

Cerré la puerta y el golpe que produjo fue el único ruido que rompió la quietud del aire.

La primera boca que se abrió para hablar fue la de Lili.

—¿Quién es este tipo? —preguntó.

Sima pensó que era él quien debía presentarme.

—Un hijo de perra.

Avancé sobre él y le di las gracias pegándole con el cañón en los nudillos cuando levantó las manos para evitar el golpe. El vaso que sostenía cayó al suelo haciéndose añicos.

Luke me arrojó el suyo y empezó a meter la mano bajo la axila. Yo burlé el proyectil con un quiebro y le apunté a la barriga.

—Toca la pistola y yo seré juez, jurado y verdugo.

Se quedó quieto y retiró la mano de donde la tenía.

Sima lanzaba denuestos apretándose la mano que yo le había acariciado.

Lili estaba asombrada.

—¿Es realidad o estoy viendo visiones? —inquirió.

—Es sólo el comienzo, nena —dije—. Espera a que termine la sesión y podrás hacerte millonaria con tus Memorias.

Luke apretó los dientes con fuerza.

—¿Qué hizo de Jimmy Park y de los otros dos chicos?

—Se empeñaron en irse al otro mundo y lo consiguieron.

—Y a usted sólo se le ha ocurrido venir acá.

—Sí.

—Está loco, Merrill. Debió darse por satisfecho con salvar la vida. El país es muy grande. ¿Por qué no empezó a huir antes de que mis muchachos le diesen alcance de nuevo?

—Tenía que ajustar una cuenta con usted.

—Está abusando de su suerte. Merrill. Pero aún está a tiempo de coger el portante y largarse.

Sacudí la cabeza en sentido negativo.

—Voy a acabar con su caso, Luke. Esta misma noche quedará archivado.

Nos miramos un rato en silencio y en sus ojos leí un desafío. Sus labios sonrieron.

—De acuerdo, Merrill. ¿Cuánto quiere?

—Supongo que se referirá al botín del asalto a la agencia Bedford.

—Desde luego, pero será mejor que yo fije la cantidad. Le daré diez mil.

—No.

—Usted no corrió ningún riesgo. ¡Infiernos! Ha hecho el mejor papel. Se incorpora al asunto cuando todo está listo. Sólo ha tenido que venir con sus manos limpias para recoger una buena cosecha.

Hice un gesto negativo y él dijo:

—No quiero discutir con usted. Tendrá veinte mil.

—No hay acuerdo.

—¡Maldito sea! ¡No esperará que le dé la mitad del medio millón! No tendrá ni siquiera una quinta parte.

—No voy a tomar de eso un solo centavo, Luke. Todo irá a parar a sus legítimos dueños.

Sima dio un paso hacia mí y me eché atrás para mantenerlo alejado.

Lili ocupó un sillón y cruzó sus largas piernas.

—Caramba —exclamó—, es más interesante de lo que creía —miró a Luke—. Querido, ¿cómo no me dijiste que tú eras el salteador de la Bedford?

—Cállate, estúpida —rezongó Luke.

La joven encendió las mejillas y me miró a mí.

—Quizá él sea más comprensivo, ¿verdad, buen mozo?

—Sigue el consejo, nena. Ver y escuchar. La boca en punto muerto.

Luke me señaló con el dedo índice, pero a pesar de sus esfuerzos no salió por él ninguna bala.

—Ya sé cuál es su juego, Merrill.

—¿Sí?

—Quiere cobrar los cincuenta mil dólares de recompensa.

—Le puedo prometer que no los rechazaré si me los dan.

—Hizo valer bien sus naipes, Merril. Usted se lleva todas las bazas. Le daré los cincuenta mil.

—No hay arreglo, Luke. Ya se lo dije.

Sus músculos faciales se atirantaron haciendo resaltar los tendones del cuello.

—Acabó el juego, Luke. Usted mató a Arme Bros.

—¿Yo? —negó con la cabeza—. Fue Jimmy Park.

—Pero él sólo se limitó a seguir sus instrucciones.

—¿Cómo iba a mandarla yo al matadero? Quería a esa chica.

—Claro que sí; la quería, pero sólo como pasatiempo.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Jimmy Park me lo contó antes de morir —mentí.

—¿Qué es lo que le contó?

—La pura verdad. Anne Bros creyó que seguía el camino de la honradez. Usted le dijo que iba a casarse con ella, pero un día Anne Bros se dio cuenta de lo que usted estaba tramando: el asalto a la agencia Bedford.

La respiración de Luke se hizo más agitada.

Martilleó en caliente.

—Ella se lo quiso quitar de la cabeza. Le dijo que tenía bastante con su negocio del club *Veintiuno*. ¿Para qué quería más? Pero usted no le quiso escuchar. Estaba deseoso por apoderarse de un buen montón de dinero y sabía dónde encontrarlo; en las arcas de la agencia Bedford. Anne Bros se dio cuenta de que sus palabras no servían para nada. Trató de alejarse de usted, pero supo que usted la perseguiría. Entonces decidió cambiar un poco su físico antes de regresar a la granja de sus padres. Se tiñó el cabello de rojo y hasta es posible que se cambiase el peinado. Se comportó como una ingenua, ya que los perros de presa que usted había enviado contra ella terminarían por darle alcance. Jimmy Park la encontró en Brooklyn y trató de disuadirla para que regresase con usted. Me imagino que ella se alojaba en algún sitio de esa parte de la ciudad. Ella dio el consentimiento a Jimmy, pero luego se libró de él de nuevo y buscó refugio al otro extremo de Nueva York, en Greystone, en un hotel llamado *Estrella Marina*. Pero ya estaba perdida porque usted redobló sus esfuerzos sabiendo que no había salido todavía de Nueva York. Debió organizar una buena batida para dar con la muchacha y por fin alguien la encontró en Greystone, adonde había buscado refugio. Jimmy Park se presentó allá para hacer la identificación y cuando ya no tuvieron duda, usted hizo una llamada a Anne. Debía entregarse, salir a su encuentro. Y Anne Bros se dio por vencida. Usted la citó en alguna parte y ella, cuando llegó el momento, abandonó el hotel con su valija. Luego todo acabó para la chica y a las pocas horas su cuerpo fue encontrado flotando sobre el río, en Trevor Park.

Los dientes de Luke presionaron unos contra otros.

—¡Ese maldito de Jimmy Park! ¡Me gustaría tenerlo vivo entre mis manos! ¡Le apretaría el pescuezo hasta verlo con un palmo de

lengua!

Estaba sudando copiosamente. Wrich Sima dijo:

—Nos tiene en sus manos, Luke. Dale cien mil y que no se hable más del asunto.

Luke me miró con ojos cargados de odio.

Sacudió la cabeza.

—Muy bien, Merrill; tendrá los cien mil.

Me reí de los dos.

—Para ustedes todo se arregla con dinero. Es cuestión de subir un poco el precio. Pero aunque sólo sea por una vez en la vida, van a aprender algo nuevo. No echarán mano al medio millón y todos los miembros de la banda irán a parar a la cárcel. Y usted, Luke, será cocinado en la silla por el asesinato de Anne Bros.

El jefe del *gang* me observó con ojos muy agrandados.

—No está hablando en serio, Merrill.

—Yo sólo tengo una forma de dialogar.

—¿Qué infiernos le importa a usted Anne Bros? ¿Acaso la quería también?

—No, Luke. La chica me era indiferente a ese respecto, pero era una buena muchacha, quizá un poco impresionable. Tuvo mala suerte con los tipos que encontró en su camino, porque todos la engañaron, y ella, a pesar de todo, no volvió la cara y se conservó honesta.

—Peor para ella —exclamó Luke—. Usted y yo somos realistas, Merrill. Ahora a usted también le ha llegado la gran oportunidad de su vida. Con el dinero que saque de aquí podrá retirarse, comprarse un yate y dedicarse a ver mundo.

—Ya me ilustré bastante. Y entérese de una vez, Luke; siempre me conformé con lo que me deparó el destino.

Se produjo un gran silencio en la estancia.

Sima se arrojó contra mí. Quise dispararle contra una pierna y allí estuvo mi equivocación. Logró apresarme la muñeca armada y la bala fue a estrellarse contra la chimenea.

Los dos caímos rodando. Cuando nos detuvimos, yo quedé debajo.

Lanzó un grito de triunfo, porque seguía sujetándome la mano.

Luke quedaba fuera de foco, pero habría tenido tiempo suficiente para ir al Pentágono por un cañón atómico.

Levanté la pierna y la incrusté en el estómago de Sima, el cual rodó hacia atrás dejándome libre.

Luke estaba ya en pie, listo para disparar su arma, pero yo apreté el gatillo antes.

Recibió el impacto en un hombro y salió despedido violentamente contra el sillón y se vino abajo. Su pistola cayó sobre la alfombra.

Allí quedó de bruces en el suelo, gimiendo.

Sima se retorció sujetándose el estómago con las dos manos.

La chica continuaba en el sillón y empezó a aplaudir.

Vi la botella de *whisky* sobre la repisa de la chimenea y fui hasta ella y la cogí, atizándome un buen trago.

Fue mi segundo error. Lili dijo a mi espalda.

—Tira esa pistola, buen mozo.

Volví la cabeza. Ella se había movido muy aprisa. Sólo tuvo que agacharse para coger la pistola que había soltado Luke. Sus ojos brillaban como trozos de ónix.

—No juegues con eso, nena —le advertí.

Me sonrió y apretó el gatillo. La bala hizo polvo la botella de *whisky* que yo sostenía en la mano.

—No soy una simple aficionada, Merrill, y hay un par de tipos que podrían probarlo. Lástima que estén muertos.

Tenía veinticinco o veintiséis años y era hermosa y poseía unas piernas muy largas y su rostro era bello. Pero era un demonio.

Tiré la pistola al suelo.

Luke se levantó llevándose la mano al hombro herido y empezó a reír.

—Eres grande, nena. Te has ganado tu abrigo de visón.

Wrich Sima ya se había recuperado y también rió satisfecho mientras se ponía en pie.

—Ahora le daremos a este bastardo su merecido.

Y entonces ella dijo:

—Os estaréis quietos.

Luke y Sima empezaron a borrar las sonrisas del rostro.

—¿Qué te ocurre, nena? —preguntó el gran jefe.

El rostro de Lili se transfiguró y hasta dejó de ser bello.

—Buen par de palurdos estáis hechos. Os la juega un tipo cualquiera y esperáis que yo os saque las castañas del fuego…

—No es un tipo cualquiera —dijo Luke—. Se trata de un detective privado.

—Bien, da igual lo que sea. Hay un proverbio que dice que el ganador se lo lleva todo. Y yo soy aquí la última que hizo banca.

Luke hizo un gesto para ir en busca de la morena, pero ella levantó rápidamente el brazo.

—¡Quieto, Luke, o te arranco la cabeza de un disparo!

—Te has ido por las nubes, nena —repuso el salteador haciendo silbar las palabras por entre los dientes—. Ni siquiera sabes dónde está el botín.

—Eso me lo puede decir cualquiera de los tres, ¿verdad que sí?

Los tres hombres a quienes ella amenazaba guardamos silencio.

Rió con risa supuestamente alegre, pero me sonó histérica.

—No queréis despegar los labios, ¿eh? —dijo—. Bueno, empezaremos con la segunda parte del espectáculo.

Luke tragó saliva.

—Piénsalo mejor, Lili. Conmigo vas a tener todo lo que quieras. Te convertirás en la mujer de Luke Dekker. Tendrás vestidos, joyas…

—Te conozco bien, Luke. Me darías el pasaporte en cuanto me tuvieses en sus manos —rió otra vez y fijó los ojos en Wrich Sima—. Tú vas a ser el primero.

—¿A qué te refieres? —preguntó Wrich.

—¿Dónde está el botín?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—¡No te lo voy a decir, pequeña zorra!

Lili apretó el gatillo.

Wrich Sima aplastó la espalda contra la pared con los ojos muy abiertos, viéndose el agujero que le había aparecido en el pecho, justamente por donde se le estaba escapando el último hilillo de vida. Miró otra vez a Lili y trató de decirle algo, pero sus labios se mancharon de sangre y derrumbose en el suelo.

Hízose un silencio durante unos instantes y luego Lili nos miró alternativamente a Luke y a mí.

—Eso os debe servir de algo… Quiero el botín y será mejor que os deis prisa en decirme dónde lo puedo encontrar.

Pensé que la segunda víctima sería yo, pero quizá me reservó

para el número bomba, porque desvió la pistola hacia Luke.

—Anda, anímate, muchacho —le dijo.

—Por última vez nena. Dame esa pistola. Deja que acabe con Merrill y todo irá entre nosotros como una seda.

—Pamplinas. Te voy a conceder tres segundos, Luke. Uno…, dos…

—En la carnicería de Jimmy Park.

—¿En qué parte de la carnicería?

—En el sótano. Tiene la entrada junto al frigorífico.

—Muy bien, muchacho. Pensaba herirte en los intestinos, pero ahora me conformaré con que te vayas pronto al infierno.

—¡No harás eso, perra!

Lili sonrió, los ojos más brillantes que nunca.

—Pero te voy a dar una buena noticia, Luke. Detrás de ti irá Merrill.

Ya lo tenía decidido. Todos a la fosa. Quería el medio millón para ella, quizá para dedicarse a la cría del visón.

—¡Ese dinero es mío! —gritó Luke.

—No seas estúpido. Lo robaste.

Luke dio un paso hacia ella con ojos desorbitados.

—Me costó seis meses, ¿lo entiendes? ¡Seis meses de trabajo! Tuve que pensar basta el más pequeño detalle. Fue un golpe perfecto. Nadie antes de ahora logró un botín tan grande en Nueva York… Quinientos mil dólares.

—Gracias por el regalo.

—¿Crees que trabajé para ti? ¡Maldita seas! Te saqué del coro de una revista, te vestí y te di de comer.

—Migajas.

—Seguirás conformándote con las migajas, Lili… ¿Lo entiendes? Porque yo soy tu amo —dio otro paso hacia ella.

—¡Párate, Luke!

—Dame esa pistola… ¡Dámela, maldita seas!

Se abalanzó sobre ella y entonces Lili hizo fuego.

Luke podría haber evitado la bala si hubiese corrido la mano hacia la muñeca, pero levantó demasiado el brazo.

Sus cuerpos chocaron y él se abrazó a la joven para, no caer.

Luke la miró a los ojos.

—¿Qué has hecho?

El rostro de Lili permaneció inexpresivo.

—Me has matado, nena —dijo Luke y empezó a arrugarse.

Ella le había dicho que no quería meterle la bala en los intestinos, pero justamente era lo que había hecho.

Fui hacia Lili y sólo tuve que alargar la diestra y dar un tirón para quitarle la pistola. Luke se derrumbó en el suelo y levantó la cara.

Lili le estaba mirando.

—El dinero era mío… —dijo él—. Sólo mío… Nadie tenía derecho a…

No llegó a terminar la frase porque se vino hacia delante y expiró.

La muchacha quedó embobada mirando el cadáver y de pronto lanzó un grito terrible que fue como un aullido y echóse sobre el diván y empezó a sollozar cubriéndose la cara con les manos.

Caminé hacia el teléfono y marqué el número de Frank.

No dio tiempo siquiera a que me presentase.

—¿Eres tú, Danny?

—Sí, muchacho. Yo soy —dije sin perder de vista a Lili, por si acaso se le ocurría una nueva hazaña.

—Me has hecho pasar un infierno, Danny. ¿Qué ocurre?

—Ve directo a la carretería de Jimmy Park, en el Bronx. En el sótano, junto al frigorífico, encontrarás los quinientos mil dólares de la agencia Bedford.

—¡Danny! ¡Lo has conseguido!

—Tendrás que darte mucha prisa si no quieres que alguien se te adelante, pero harás bien en llevarte a un par de muchachos. Y otro consejo: ve armado hasta los dientes.

—¿Un par has dicho? Me voy a llevar media docena. Y vamos a ser nosotros quienes primero hagamos fuego si alguien se resiste. Los cincuenta mil dólares son nuestros, Danny.

En ese instante la puerta de la cabaña se abrió de repente y por el hueco irrumpieron los tenientes Kitchawan, Hill y Fleischer, seguidos de otros policías de paisano y uniforme. Todos quedáronse asombrados contemplando los cadáveres. Yo colgué suavemente en la horquilla, pero Fleischer me apuntó rápidamente con la mano.

—¿Con quién hablas, Merrill?

—Le decía a mi tía que cuente conmigo para su próximo

cumpleaños.

Empezó a ponerse rojo.

—Un día de estos tus bromas te van a costar caras.

Me levanté sonriente. La cosa no era para ponerse serio, teniendo en cuenta que en las últimas horas yo había nacido un par de veces.

—Ahí tienen a su hombre, muchachos —dije—. Dispútenselo. Es suyo, Fleischer, porque él fue el asesino de Arme Bros, y también le pertenece a usted, Kitchawan, porque él organizó el asalto a la agencia Bedford. ¿Cuál de ustedes dos se lo queda?

CAPÍTULO X

Había dormido a pierna suelta durante todo el día. Lo hice en un hotel de tercera categoría y bajo nombre supuesto, porque no quería que nadie me molestase. Y Fleischer, Hill y Kitchawan se habían despachado a su gusto durante toda la madrugada, sometiéndome a un exhaustivo interrogatorio. Sólo me dejaron en paz cuando recibieron una llamada del presidente de la agencia Bedford, para comunicar que un detective privado llamado Frank Davis había recuperado el botín de los quinientos mil dólares.

Ahora eran las seis de la tarde y yo estaba en mi despacho tranquilamente fumando un cigarrillo.

Sonó el timbre del teléfono.

—¡Danny, muchacho! —me gritaron desde el otro extremo del cable.

—¿Cómo van las cosas, Frank?

—¿Has leído los periódicos, Frank?

—Todavía no.

—Te he convertido en un héroe… Vas a ser el detective más elogiado de la ciudad… Espera que empiecen a lloverte los clientes.

—Háblame de los cincuenta mil dólares.

—Hemos de ir mañana a hacernos cargo de la recompensa. Estamos citados en la agencia Bedford a las diez de la mañana.

—¿Cuánto quieres?

—Hombre, tú ya sabes que yo tengo familia. Mary está soñando con una casa en la Colina Chelsea. Tiene un jardín y las habitaciones que necesitamos, pero piden muchos miles.

—¿Tendrás bastante con quince mil?

—¡Danny!

—Son tuyos, muchacho.

Se quedó sin habla. Yo colgué rápidamente porque no quería que me manchase con sus lágrimas de agradecimiento.

El teléfono llamó otra vez. Esta vez era el usurero Grene Jary. Tenía la boca llena de miel. Me dijo que no me debía preocupar por el dinero que le debía y luego me propuso que fuese socio con él en su negocio de automóviles. Le contesté que le mandaría su débito por correo y que no era mi intención dedicarme a ninguna clase de negocios.

Antes de que fuese a insistir lo dejé con la palabra en la boca.

Conté hasta diez y volvió a sonar el timbre.

—Oiga, viejo usurero… —empecé a decir.

—¿Es usted aficionado a la música, señor Merrill? —preguntó una voz maravillosa.

—Perdón, Sylvia. Pensé que…

—Aún no ha contestado a mi pregunta.

—Sí, muchacha.

—Es una verdadera casualidad que yo haya pensado en comprar dos localidades para esta noche en el Carnegie Hall.

—Magnífico.

—¿Le gusta la cocina francesa, señor Merrill?

—Me gusta casi todo lo francés.

—¿Qué le parece, entonces, una cena en *Chez-Pierre*?

—Algo único.

—¿Es una buena hora para usted las siete, señor Merrill?

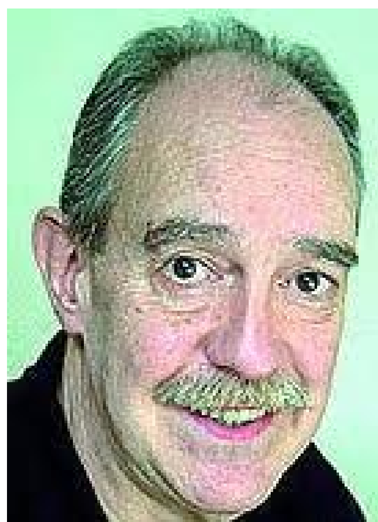
—Lo es.

—Hasta luego, señor Merrill.

Esperé a que ella colgase para hacerlo yo.

Abandoné la oficina y compré un par de diarios. Leí lo que decían mientras tomaba un *whisky* en un bar. Los chicos de la Prensa exageraban mucho. Después de todo, yo había echado mano a los salteadores de la agencia Bedford por pura casualidad. El mérito correspondía a otra persona. A una mujer que permaneció íntegra, honesta. A una pelirroja que había sido mi secretaria y que ahora estaba muerta.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).